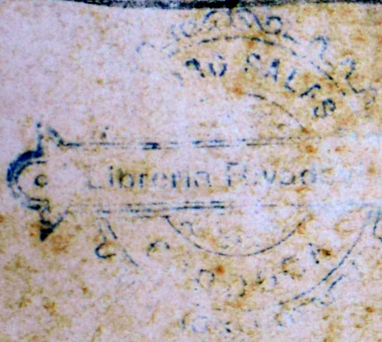


MARTIN GIL

A-1  
(ex A  
65

# AGUA MANSA

---



CÓRDOBA

Imprenta Argentina—Dean Fuca 41

1906



## CUATRO LÍNEAS

---

*A estas páginas volantes, muy bien puede el lector recorrerlas sin paraguas. Se trata de una tenue gariúa á cielo descubierta, de las que no mojan ni ablandan nada.*

*Cuando más podría humedecer la punta de las pestañas, los agudos garfios de los bigotes á la crema, ó los rulos caracoleados de las melenas higroscópicas. Sin embargo, no garanto la inmunidad para aquella gente que viste de papel secante ú otra tela más ó menos absorbente. Quizá después del paseito encontrarían algo más pesado su vestido; pero entonces en vez de disgustarse, debieran*

más bien congratularse y agradecer á las ocultas leyes de la meteorología, por no haberse tratado de una manga de piedra de esas que matan animales.

Pienso con absoluta sinceridad, y digo lo que pienso con franqueza. No me asustan los ataja-caminos, ¡qué! si los conozco desde niño! ¿Quién no ha visto allá en las montañas, de vuelta á «las casas», á esa hora indecisa en que el cielo y la tierra comienzan á mostrar sus más lindas flores, y los arroyos á dejar sentir sus cantos cristalinos: quien no ha visto, decia, revolotear por momentos sobre su cabeza un pájaro extraño, color tierra, de alas largas y puntiagudas como tijeras, algo como un retazo de trapo levantado por el viento, asentándose de trecho en trecho en la senda y agazapándose con todo misterio, hasta que en el instante mismo de

---

*ir á ser aplastado por el casco de la cabalgadura, se levanta como una flecha por entre las riendas caídas del pobre animal que distraídamente va jugando con las rodajas del freno como si saboreara pastillas de hierro? Ni el jinete ni la bestia se sorprenden: al contrario, más bien resulta entretenido el seguir con la vista los fantásticos recuelos de ese pájaro maniático afanado en realizar un imposible.*

*En la medida de mis fuerzas, mi rumbo es la Verdad y el Bien, ¡salga el sol por donde salga!*

**M. GIL.**

---



# ASAMBLEA MICROSCÓPICA





## ASAMBLEA MICROSCÓPICA

---

—¡Ya sabes! Mañana á las tres de la tarde, en las inmediaciones de Palermo, dentro del charco que tú conoces. Habrá asamblea general con asistencia de todos los gremios y corporaciones—dijo Mr. Vírgula, el microbio del cólera, alisándose el bigote con la punta de su cola en garfio.

—Convenido — contestó el microbio del tifus — he visto los carteles en las cañerías de las aguas corrientes, en los depósitos de basura y en

los aljibes cerrados. Mañana, á las tres, llueva ó truene.

Las tres de la tarde. Día hermoso. El charco y sus contornos hierven de microbios reverberando al sol.

—Señores—dice el presidente, Mr. Vírgula;—antes de daros cuenta de los nobles y transcendentales propósitos que han motivado esta importante reunión, debo pedirlos que os ubiqueis de acuerdo con vuestras condiciones vitales, pues no á todos les sienta bien la humedad. En cuanto á mí y á mi distinguido secretario, el representante del tifus, estamos en nuestro elemento.—El secretario sonrió, inclinando la cabeza en señal de asentimiento.

Cuando la concurrencia se hubo

acomodado, el presidente volvió á alisarse los bigotes como disponiéndose á hablar. Entonces oyóse un suave murmullo, como en el templo, cuando el predicador aparece persig-nándose.

—Señoras bacterias, señores microbios y bacilos—dijo el presidente.—Los tiempos vanse poniendo cada vez más difíciles. En esta gran Capital Federal, el trabajo escasea día á día. Exceptuando á nuestro distinguido colega el representante de la tuberculosis, quien, felizmente, tiene todavía un vasto y florido campo de acción, los demás pasamos una vida precaria, difícil, casi imposible de soportar. Se nos persigue como á verdaderos criminales, con el fuego, con los ácidos, con los

gases cáusticos, con toda esa plaga de productos venenosos inventados por la química moderna.

—¡Abajo la química!— gritaron  
—¡Abajo!

—¡Permitidme, señores!— continuó el presidente—es justa vuestra indignación, pero no es tan solo la química nuestro enemigo; tenemos otro muy superior, gigantesco, imponente, fatal.—Entonces la asamblea en masa rugió como un tigre:

—¡Sí, las cloacas, las cloacas!— y hasta el agua turbia del charco se estremeció entera, repitiendo por todos sus pliegues la voz unánime de la asamblea: ¡las cloacas!

—Sí, señores, vosotros lo habeis dicho: las cloacas, esas hijas de la ingeniería sanitaria, son nuestra gran fatalidad.

Antes de ser establecidas, el rinde general de la cosecha fúnebre era el treinta y tantos por mil; y hoy en día no llega al dieciseis. Con el actual rendimiento no se alcanza á sacar ni los gastos. Y como no podemos declararnos en huelga (¡qué más quisieran!) debemos tratar de emigrar. Ahora bien; encontrar el punto hacia donde debemos dirigirnos y sentar nuestros reales, ese es el problema que hoy mismo debe resolver esta ilustrada asamblea. (*¡muy bien!*).

—Pido la palabra—dijo el microbio de la Escarlatina. — En nombre de la Comisión de fiebres eruptivas, á la cual tengo el honor de pertenecer, ruego al señor secretario se digne leer el proyecto que acabo de

poner en sus limpias manos. (*El secretario leyendo*).

«Art. 1.º— Desde el 1.º de Enero del año 1904, todos los gremios y representantes de enfermedades infectocontagiosas comenzarán á trasladarse á la ciudad de Córdoba, situada en el corazón de la República á 31° 25' 15'', latitud sur y 64° 11' 16'' longitud occidental del meridiano de Greenwich. Altura sobre el mar, 439 m.»

«El miembro informante os dará las razones que ha tenido la Comisión para aconsejar esta resolución extrema.— Firmados: *Viruela, Escarlatina, Sarampión.*»

— Bien, señores— prosiguió la Escarlatina.— No tengo para qué repetir lo que nuestro digno presidente

---

acaba de manifestaros con la elocuencia que lo caracteriza. No hay duda ninguna: aquí nuestra situación se hace insostenible. Pero no os alarmeis: estamos salvos. Acabo de llegar de Córdoba, transportado gallantemente por uno de tantos convencionales que han venido á darse el lujo de votar por el que les apunten. Allí, en Córdoba, en esa ciudad mediterránea, he pasado una temporada deliciosa. Y puedo asegurar á mis distinguidos colegas que aquello es algo incomparable, un verdadero Potosí en sus buenos tiempos; una California, también en sus buenos tiempos, digna de ser estudiada por otro Bret-Harte; un paraíso terrenal, mas no perdido como el de Milton, sinó ganado para nuestra

noble causa. ¡Qué mal gusto el de Milton ponerse á cantar á una cosa perdida!

—¡Caprichos de un ciego!—replicó el microbio de la oftalmía purulenta.

—Pues, como decía, aquello es un edén. El subsuelo de esa tranquila ciudad resulta encantador, mis queridos colegas. Es una pasta sabrosísima, un budín del cielo, un manjar de los dioses. Allí todos nos codeamos, pero no hay miseria; al contrario, si alguna vez morimos, es de hartura. No hay cuestión social. Pero como no todos mis distinguidos colegas pueden vivir y desarrollarse en el subsuelo, me apresuro á manifestarles que el ambiente exterior, es decir, el de las calles, es



de primera fuerza. La Municipalidad no puede atacarnos por una razón muy sencilla: porque le falta el dinero y *l'argent fait la guerre*; y el dinero falta porque no hay administración, y esta falta porque sobra otra cosa: la política criolla, y. . .

—Pido la palabra—dijo el microbio de la bubónica.—Soy un recién llegado al país, y por lo tanto ignoro el significado de algunos modismos, así que desearía me fuese explicado el alcance de los términos *política criolla* . . .

—Podría satisfacerlo el señor representante de la gangrena—dijo el presidente.

—Disculpe el señor presidente: jamás llegué á esas profundidades—contestó el aludido.

—Yo le explicaré eso en antesala  
—dijo el representante de la putrefacción.

—Se lo agradeceré.

—Continúa con la palabra el representante de la escarlatina.

—Las calles allí se limpian á puñetazos, señor presidente, ó por obra y gracia de los agentes naturales. Esas calles limpias, señor presidente, me recuerdan los rostros de esos niños aficionados al zapallo asado, quienes en el entusiasmo de la ejecución incrustan sus caritas risueñas en la concavidad dorada del sabroso fruto, y al surgir del tibio escondite, acusan contactos y embadurnamientos.

—¡Qué figura tan suculenta!—  
dijo el microbio de la indigestión—

¡me ha hecho el efecto de un aperital!

—Pero, señores—prosiguió el orador—con un solo dato os convenceré: basta saber que el rinde de la cosecha es allí en Córdoba, cerca del 50 por mil. (*Movimientos en la asamblea, cuchicheos y murmullos*). Por lo que veo, mis honorables colegas ponen en duda mi afirmación.

—De ninguna manera—replicó el microbio de la difteria—lo que hay es que los tales informes han entusiasmado á la asamblea entera. ¡El 50 por mil! ¡qué hermosura! Ni en el Asia! Aunque de mi corazón huýó para siempre la alegría, desde que Roux me salió al encuentro con su suero incontrastable.

—No se aflija, mi estimado cole-

ga — dijo la Escarlatina—operemos juntos, de *mancomum et insolidum*, y algo haremos.

—Mil gracias, pero . . .

—Voy á molestar al orador con una pregunta—dijo el microbio del tifus, que aunque secretario, por el reglamento podía tomar parte en la discusión.

—Desearía saber, y lo mismo todos mis honorables colegas, si en esa ciudad tan magistralmente pintada, no habrá peligro de cloacas. (*Silencio completo en el recinto*).

—La pregunta es realmente muy grave —respondió el orador—pero me atrevo á aseguraros que no existe tal peligro, pues para que eso suceda, tendría que cometerse un crimen horrible, algo inaudito:

figúrense, mis distinguidos colegas, que para poder realizar ese proyecto, dicen que sería menester fusilar sin sumario á un grupo de personas muy pudientes. Pero, señor presidente, esos crímenes ya no se pueden cometer en pueblos cultos como Córdoba.

—En vista de lo declarado por el orador — dijo el microbio de la fiebre gástrica—no dudo que la asamblea sancionará por aclamación nuestro traslado á Córdoba.

Un solo grito se oyó:—¡A Córdoba!—Pero en ese momento dos largas sombras cubrieron parte del charco.

—¡Silencio!—dijo el presidente—que se aproximan dos inspectores municipales.

—Este charco huele mal—dijo uno de ellos—mañana mismo es preciso saturarlo de cal viva.—¿Cómo se ha descuidado usted?—y pasaron.

—Ya ven, pues. ¡A desalojar el charco antes que nos ardan!—dijo el presidente á media voz.—Los que quisieran marcharse á Córdoba, desde mañana pueden hacerlo. En tal caso, les recomiendo el Central Argentino: harán un viaje cómodo, y lo que es mejor, sin peligro, pues allí no se cumple lo que ordena el Consejo de Higiene, ni ley alguna del país.

El sol se había puesto, convirtiendo al charco en un espejo rosa. Mas tarde la luna lo plateó, mientras las ranas elogiaban en coro la pureza y tranquilidad de sus aguas.

# LA COSECHA

Á Joaquín Castellanos





## LA COSECHA

---

La Pampa se encuentra en estado interesante. Su aspecto es de una imponente hermosura. Se aproxima el día de intervenir. Los cirujanos preparan sus instrumentos: al sol brillan los fórceps, las cuchillas resplandecen, blanquean los lienzos y los delantales.

La colmena agricultora comienza á alborotarse. La gente se mueve hablando en voz baja; en sus ojos relampaguea la esperanza entre una penumbra de temores. Miran al cie-

lo, interrogan el horizonte, hojean el almanaque, y ya creen oír el sordo bramido de la manga de piedra que se acerca furiosa; ven los granos de hielo atravesar oblicuamente el espacio como flechas blancas; oyen el redoble de mil tambores en los techos de zinc; el rayo apuñalear y parte la atmósfera haciendo brillar su hoja luciente entre nubes violáceas; el viento silba y aúlla zamarreando los techos, y cuando consigue filtrarse dentro de la pieza, apaga las luces que las mujeres encendieron á la Madona. ¡Pero si no hay tal tormenta! El día está sereno, y allí abajo, en la tierra, el oleaje suave y ondulante de los trigales sin fin, juega con los rayos del sol y con la imaginación calenturienta del colono.

Mañana al amanecer, sin dianas ni campanas, comenzarán á funcionar las segadoras.

La máquina atadora, despreciada injustamente, marcha paso á paso sin perder una espiga. Hace su atado con prolijidad, como quien maneja lo suyo; echa un nudo rosa con sus dedos de acero, y acuesta en el suelo á la dorada gavilla, como á un niño rubio que en sus brazos se hubiese dormido. La espigadora es más rápida, pero improlija y chabacana. Corta la espiga, y por el plano inclinado de la blanca lona giratoria, arroja hacia arriba una cascada de borlas doradas, llenando así muy pronto los carros que en forma de grandes canastos marchan á su lado. Con frecuencia

el viento le arrebatara puñados, pero la máquina corta muchas cuerdas por día, y eso es lo que quiere el colono.

Muy pronto la Pampa resulta afeitada ó mejor dicho, con una barba de ocho días, y cubierta de promontorios: están hechas las parvas. Se concluyó la siega. Ahora, una pequeña tregua para el colono, y vengan, mientras tanto, los tallarines, mucho vino tinto, grappa, manojos de cigarros *de la paca*, acordeón, cantos en coro, idas y venidas á la villa sin motivo plausible... y apunte *tutto in la libreta!*

Llega el segundo acto. La trilladora se aproxima á las parvas y comienza á devorarlas, gruñendo y sacudiéndose toda entera como un

monstruo hambriento. Nada le satisface, aunque sin cesar las horquillas se disputan el honor de llenarle la boca. El embocador arregla el trozo para evitar que se ahogue el monstruo, pero si esto sucede, apenas bajará un medio tono su lúgubre gruñido. Y pide más y más, porque traga sin pestañear. Deglute pero no mastica, pues arroja torrentes de trigo por pequeñas bocas, de las que cuelgan bolsas á guisa de servilletas. Estas se inflan y endurecen con rapidez, acabando por pararse solas: buen síntoma. La gente suda á chorros. Hay espaldas y espinazos que parecen pequeños arroyos; pechos velludos como pastizales mojados por el rocío, rostros congestionados, caras patibularias;

movimiento continuo, bufidos, suspiros y desfallecimientos, que pasan arrollados por un trago de caña terciada.

Por fin suena el ansiado silbato; chillan las válvulas de escape y todas las horquillas caen á un tiempo. Los ritmos acompasados de la trilladora y del motor van *rallentando* armoniosamente hasta llegar al lentísimo, al morendo, á la inmovilidad absoluta. En los primeros instantes se experimenta cierta sensación de vacío. Así será la muerte?

—¡Al mate cucido!—grita el cocinero, blandiendo un enorme cucharón; y al destapar el gran tacho en el que hierve la infusión, una nube de vapor sube y se expande envolviéndolo de pies á cabeza. Al mis-

mo tiempo un grupo de hombres empolvados y sudorosos, se aproxima y rodea el tacho, alargando á cual más sus brazos.

—¡Eche más hóu!

—¡Pucha con la yerba fierá!

—¡Ya se me quebra el brazo!

—¡Llene de una vez, don Pietro!

—¡Ma non poso á tuti cunto, per Dío!—grita el cocinero.

—¡Qué tuti cunto ni tuti cunto! ¡vamos á ver, llená el plato, Italia!

Y todos se van retirando, en una mano el plato de agua verde, humeante, y en la otra, un puñado de galletas oprimido contra el pecho. Se instalan en cualquier parte: sobre las bolsas de trigo, en el suelo, en la casilla, y todos trituran las galletas en grandes trozos con

los que llenan el plato hasta colmarlo.

Tragan con avidez, casi sin mascar, ahogándose, y de los rostros húmedos, como de los techos que se llueven, caen al plato gotas cristalinas, aumentando así su caudal líquido y su sabor. Algunos se dan el lujo de aproximarse á la *casilla* y hacer cualquier gasto por su cuenta. El casillero suele ser un judío, bolichero de villa, que al llegar el tiempo de la cosecha, se instala en su casilla—especie de wagón montado sobre cuatro ruedas,—y sigue á las trilladoras por esos campos de Dios, explotando el hambre, la sed y el buen humor de las cuadrillas de trabajadores. La casilla es su campo de operaciones. Se refugia en



ella como un bandido en una encrucijada. Maneja admirablemente su libreta roñosa, como el otro su trabuco: no cobra al contado: *tuto al fiato*. Es muy generoso.... al servir caña terciada. Se instala al mismo lado de las máquinas, resultando así una perpetua tentación para los peones.

A la hora crítica en que el trabajo aprieta y los estómagos languidecen, el casillero sale de su cueva con una caja de mortadela en la mano; elige un punto estratégico; abre su caja, y principia á engullirse las placas de carne cruda, levantando el brazo á gran altura y dejándolas caer en su enorme boca abierta hacía el cénit, por donde desaparecen como rojos pañuelos en

un bolsillo sin fondo. Los peones miran de soslayo, y la saliva acude á la boca: el estómago se retuerce, los dientes crujen. Algunos no resisten más: clavan la horquilla en la parva y se dirigen á la casilla á hacerse abrir una caja de mortadela, por su cuenta. ¡Ah! el casillero es un gran propagandista por el ejemplo. Es verdad que gasta una caja de conserva, tragándola quizás sin ganas (aunque á un animal nunca le faltan), pero esa caja es una especie de imán que arrastra en pos de sí una docena de sus hermanas, muy bien apuntadas en la libreta. En cuanto al pago, no hay peligro, pues el casillero es socio del dueño de la trilladora y éste no se olvidará de efectuar el descuento en el momento oportuno.

Al ir concluyéndose la trilla, se ven llegar sulkys de todas direcciones: son los procuradores que vienen á embargar el trigo. Esta gente se caracteriza por su admirable franqueza. Llegan y proceden con tal desenvoltura y desfachatez, que parecen los verdaderos dueños del trigo. Hablan á gritos, dan órdenes y contraórdenes terminantes, invocan á cada instante el nombre del juez de paz, del jefe político, del gobernador y hasta del obispo. Desde ese momento el colono es un pollo mojado. No chista y entrega todo, lo propio y lo ajeno, al señor *procuratore*. Si le sobra algo, ó en fin, si no ha tenido que ver con procuradores, acarrea su trigo á la estación.

El ferrocarril principia declarando que no tiene wagones disponibles; que tampoco tiene galpones ni lonas para resguardar el cereal.

—Mi no responde di perjuicio: descargar, si quiere—dice el inglés con toda amabilidad.—El colono se toma la cabeza con ambas manos, refunfuña entre dientes unas cuantas madonas y corpos di haco... pero descarga.

Cuando después de un tiempo, vuelva á la estación á dar un vistazo á su trigo, allí lo encontrará sin duda; pero la pila de bolsas habrá cambiado de fisonomía: se ha convertido en una verde montaña, brillante y risueña. Es que el cereal de aburrido quizás ó mal aconsejado por la lluvia y el sol, resolvió brotar en las bolsas.

A todõ esto el Ministerio de Obras Pùblicas y la Direcci3n Nacional de Ferrocarriles «se encuentran gozando de perfecta salud».

Diciembre de 1903.

---



# DIVAGACIONES DE UN ZAPATERO

Al Dr. Federico Igarzábal





## DIVAGACIONES DE UN ZAPATERO

---

«Cualquiera diría que alguien nos protege fraudulentamente; sí, fraudulentamente; y hasta se podría pensar que existe cierta combinación, por lo menos tácita, entre la Municipalidad y nosotros los artistas de la suela y del becerro, para explotar el humilde bolsillo de los pacíficos habitantes de esta pedregosa ciudad, ciertamente demasiado pedregosa, bárbaramente áspera, para bien nuestro y mal del prójimo.

«Pero, juro por lo más caro de

esta atortillante vida que llevo, no ser verdad lo que el malicioso público supone. Puedo asegurar que los señores concejales é intendentes jamás se acordaron de nosotros, ni mucho menos de las calles y aceras, piedras de toque de estas cavilaciones mías».

Ásí iba diciendo nuestro viejito zapatero, mientras se instalaba en su honda silla de suela, abollada y lustrosa como una antigua paila de cobre, gracias á un caldeado resfregoteo de cuarenta años largos; y al irse doblando para quedar convertido en el invariable número cuatro de toda su vida, sus coyunturas, secas como bizcocho, ávidas de jugo sinovial, castañeteaban por turno, así como suenan los goznes de

las grandes puertas de los templos, cuando la mano descolorida del mal dormido sacristán las empuja perezosamente á la hora en que la luz del alba comienza á tragarse las estrellas, y las beatas á dejar la cama para chancletear en ayunas las desoladas calles de la ciudad dormida, á la «pesca» de una primera misa ó de un chisme matutino.

«¡Qué linda hora es esa del alba! Un momento antes, la ciudad parece un cementerio. El profundo silencio y la completa tranquilidad de todas las cosas lo penetra á uno hasta los huesos, produciendo cierta sensación muy singular. De tarde en tarde llega debilmente á nuestro oído el llanto quejumbroso de algún perro solitario, corista retarda-

do de la gran comparsa nocturna; que allá, en los miserables arrabales de la ciudad, entonó durante toda la noche, á la luz de las estrellas, el canto desconcertante del hambre, del frío y de la miseria, que no tan solo aflige á ellos, sinó también á sus mismos dueños.»

«Después, como obedeciendo á una señal por telégrafo sin hilo, comienza el coro de los gallos, grave y triste cantata, monótona y «sugeriadora» como el canto llano de la iglesia cristiana, esa imponente melodía, recta, inflexible, sin ondulaciones, como una pirámide de granito, evocadora de ideas un tanto lúgubres pero siempre grandiosas. ¡Cuántas cosas no dicen los gallos á esa hora!»

«Pero, mientras se está en la duda de si es el alba ó la media noche la que se tiene por delante, he aquí que suena una campana, al principio con cierta discreción, como si temiera incomodar; mas, no se vaya á creer que tal recato obedece á ningún sentimiento benévolo: eso es debido únicamente á que el sacristán se encuentra aún medio dormido, y los primeros tirones dados á la cuerda resultan *fallutos*; pero en seguida se le asienta el pulso, y el duro badajo toma la palabra á una hora bastante intempestiva sin duda. Después suenan dos, cuatro, ocho campanas . . . pero, no sigo adelante sobre los rieles de esta progresión geométrica, porque, hablando la verdad, no estoy bien seguro del nú-

mero fijo de iglesias con que contamos actualmente. Sé, sin embargo, que tenemos algunas nuevas, y otras en construcción, pero por lo pronto, sus torres están mudas, lo cual no digo que sea una suerte—¡Dios me libre!—aunque muy bien pudiera resultar conveniente para los que no concilian el sueño con facilidad, para los enfermos, ó para tanta otra gente mal dormida. También sé que faltan hospitales (no tenemos más que uno del tiempo del virrey); sé, asimismo, que mucha gente bosteza y se rasca de hambre... pero esto no tiene que ver nada con las campanas ni menos con el lujo de los templos. Y después... ¡si uno fuera á decir todo lo que sabe! Pero volvamos. »

•Cuándo repican al alba—lo que acontece con frecuencia—entusiasma realmente. Los múltiples y alegres sonos de las campanas surgen de las torres y se desbordan chapaleando el aire fresco y puro de la mañana, con la bulliciosa alegría de niños descalzos en día de lluvia. Con sus voces insistentes llaman á los fieles y recuerdan inutilmente á los infieles. El enfermo, el mal dormido, el sano como el achacoso, el turco como el judío, todos deben saber, todos están obligados á saber que á esa hora hay campanas y que sueñan admirablemente. Es esta una hora forzosa y á la vez muy contundente, demasiado contundente. En seguida comienza á oirse el ruido discreto de las puertas de calle

al ser abiertas y vueltas á cerrar por la mano suave de la beata que se pone en marcha siempre á hora fija, porque toda beata es un cronómetro, algo anticuado es verdad, pero un cronómetro, digan lo que quieran los señores relojeros. Su organismo está suavizado, depurado, sublimado por el ayuno, por las vigili-  
as y por las abstinencias: de ahí que sus sentidos superan en precisión y delicadeza á los mejores instrumentos. En una palabra: su *ecuación personal* es mínima.»

«La beata anda y se desliza con la suavidad de un gato de botica; vé en las tinieblas, y si no vé, advina; escucha un secreto no obstante la pared de cal y canto; se filtra por la menor rendija, no digo



por el ojo de la llave, y así queda enterada de todo lo que pasa ó hubo de pasar. Y cuando concluido el día, después de recorrer iglesias, tiendas, boliches y casas de familias; chismografiar con la vecina, acomodár el loro y dar un vistazo al cuarto de las chinitas, se mete en cama en gracia de la Vírgen y del confesor, percibe con toda nitidéz el menudo trote de la pulga cebada, que al considerarla ya dormida, inicia el ataque á la bayoneta, avanzando cautelosamente por entre las sábanas, desde los pies con rumbo al norte. Y no solamente advierte su marcha silenciosa á través de ese obscuro desierto, sinó que la captura al tanteo en plenas tinieblas, convirtiéndola en un pequeño cohe-

te en menos tiempo que se estornuda. Ahora, en cuanto á sus condiciones cronométricas, basta saber que si el sacristán, por cualquier razón, se retardó en el llamado á la misa de alba, cuando abre las puertas del templo, se encuentra con todas sus clientas matutinas agrupadas en las gradas, y no siempre recibe en tales casos unos «buenos días» muy cordiales; al contrario, una lluvia de miradas oblicuas y perforantes cae sobre el estoico sacristán, cual sondas exploradoras en un abismo sin fòndo.»

«Cierta murmullo imposible de describir, porque se trata del conjunto desordenado de todos los primeros ruidos de una población que despierta y despereza lentamente, prin-

cipia á vagar y crecer poco á poco, hasta que el silbato de las máquinas trabajadoras, de los talleres á vapor, y el lejano rodar de los carros sobre la piedra bola, anuncian un día más, el cual resulta tan aburridor como los anteriores.»

«¡Pero, qué barbaridad, donde he venido yo á parar! Pretendí hablar de las aceras y me encuentro enredado con mis simpáticas beatas en un lazo casi indisoluble. Y debo declarar que de ninguna manera quisiera disgustarlas, porque eso sería malquistarse con la rama más interesante de nuestra sociedad, con la característica de nuestro pueblo, con lo que ha dado hasta hoy su nota simpática, en una palabra: con su tradición. Y á propósito. En vista

de los vientos que soplan, se dice que los pueblos deben conservar sus tradiciones como oro en paño, si es que no quieren perder su individualidad, su sello propio. Sin embargo, para esto existe un gravísimo inconveniente, según parece, y es el progreso mismo, ó sea el cambio, hablando en términos generales, ese gran batidor que todo lo revuelve y transforma sin cesar. Porqué tradición implica inmutabilidad, reposo absoluto, cristalización, y ¿cómo harían los pueblos para progresar, esto es, para cambiar—lo que es fatal—sin que cambie también su horizonte? Es una lástima realmente—dijo el viejito rascándose una oreja con la uña encanutada del dedo meñique— es una lástima encontrarse

embarcado en este gran pericón que baila la humanidad sobre el planeta.»

«Bueno... pero, ¿cómo quedar mal con mis queridas beatas, si ellas forman más de la mitad de mi clientela? Es cierto que son algo incómodas, largueras, repetidoras, regateadoras; es verdad también que nunca se dejan tomar la medida directamente, por razones de pudor, así que todo es menester hacerlo al tanteo, lo que dá lugar á graves errores de confección. Pero vamos á ver, ¿cuál era mi tema? ¡Ah, sí!»

«Pues, nosotros, los zapateros de Córdoba, no tenemos la culpa de que sus habitantes gasten tres veces más en botines que los de Buenos Aires. Si el calzado se hace añicos en un

verbo, ahí están las aceras que os sabrán responder. Sí, las aceras, esos serruchos de piedra, esas trampas de dientes, sacatacos de raiz, poderosas limas capaces de gastarle los talones al mismo diablo, si es que este distinguido personaje no hiciera uso de sus alas cuando á recorrer se atreve nuestras suavísimas calles.»

«Naturalmente, nosotros no tenemos la culpa de que una linda muchacha, por más recatada que sea, resulte con una pierna al aire en plena calle, dando voces de auxilio porque una mano invisible le arrancó de súbito el pequeño zapato Luis XV, asiéndoselo de su taco enorme como espolón de acorazado. Es verdad que dichos tacos son capaces de tentar al agujero más humilde.»

A todo esto, el viejito hacía repiquetear su martillo, chato y lustroso como talón de negro, sobre una orma carcomida y rasgeteada, la que apesar de sus años, daba cuerpo, valor y resistencia á un futuro botín que aún se encontraba en paños menores.

«¡Quién podría imaginar que en esta docta y culta ciudad mediterránea, foco de luz, etc., suceden estas cosas y otras peores!»

«Quién creerá en la acción municipal cuando palpe (con los pies) ¡oh, dolor! ¡las flamantes aceras con que actualmente se engalanan las mejores avenidas y calles de nuestro pueblo! De las antiguas no quiero acordarme, porque han sido mis cómplices, y si hoy ya no perjudi-

can más que con sus huecos, es porque de viejas perdieron los dientes. ¡Quién puede tener fe en esa misma acción municipal, cuando por la noche ¡oh, ardor! vea andar á la gente, triste, cabizbaja, buscando la sombra como agobiada por un crimen común, porque así pone en salvo sus ojos de los feroces dardos que á grandes manojos arroja el arco voltáico del alumbrado público, gracias á que sus bombas protectoras (*sic*) son transparentes y no traslucidas ó de porcelana, como lo ordena la higiene más rudimentaria! ¡Quién puede pensar que aquí la gente conserve íntegros sus tímpanos y su sistema nervioso, cuando escuche ¡oh, imbecilidad! el infernal bombardeo con que se le tie-



ne en perpetuo sobresalto desde que amanece hasta media noche! Porque es bueno saber que aquí, cualquier botarate, no digo las personas de levita, por el motivo más fútil, tiene derecho á atronar los aires con bombas de dos kilos. Por eso es que en Córdoba todo se anuncia pirotécnicamente, estruendosamente, desde alguna lujosa función de iglesia costeada por particulares devotos, hasta las píldoras del Dr. X., inmejorables para hacer volver los colores al rostro de toda persona que los hubiese perdido juntamente con la vergüenza. Estoy por tentar fortuna pidiendo una remesa de esas píldoras.»

«¡Quién puede pensar!...»

—Ya está el almuerzo, tatita—

dijo una voz cristalina — y por entre las hojas de parra que guarnecen la ventana del pequeño taller, asomó una carita fresca, rosada y suave como un damasco fragante.

— Ya me lo anunciaba el estómago, *mijita* — dijo el viejo zapatero, arrojando horma y martillo al canasto de composturas.

Marzo de 1904.

---

# COSAS VISTAS

Á Juan Pablo Echagüe



## COSAS VISTAS

---

El invierno acaba de asomar su erizada cabeza por la gran ventana del Sud, relampagueándole los dientes y los ojos. Es que el sol, esa enorme cuenta de oro ensartada en la eclíptica, va corriéndose cada día más al Norte, como si desde allí alguien inclinara el hilo.

Los árboles se desnudan y la gente se abriga; los días se encogen y las noches se estiran. El aire es más penetrante y puro, podría decirse, más compacto; las sierras vuél-

vense más azules y se acercan. El humo de los hornos de cal, escapando por la boca estrecha de las gigantes cas chimeneas, semeja blancos ó plomizos taladros trepanando el cielo azul.

Las campanas, las alegres, tristes y solemnes campanas, esa pacífica artillería mística que cuando más podría llegar á reventar los tímpanos dejándonos sordos en gracia de Dios, suenan maravillosamente en esta época, por varias razones: por el estado de la atmósfera, porque es el tiempo de las novenas, y porque los artistas del badajo aprovechan la oportunidad para calentar el cuerpo haciendo al mismo tiempo obra de salvación. Es verdad que á las campanas se les pue-

de hacer decir muchísimas cosas, pero prescindiendo de esa ilusión *ad libitum* á que todos tenemos derecho, casi podría asegurar que en ciertos repiques vespertinos, se trasluce claramente el alegre ritmo de un gato punteado con relación, y esto me trae á la memoria aquellos versos de Soto y Calvo:

«Currún... currún... currúnco;»  
«Curruncuncúnco,»  
«Ya están bailando,»  
«¡Caballeros, silencio!»  
«Que se oiga el gato.»

Y es claro, los campaneros son criollos, y la cabra tira al monte.

En las noches de invierno la bóveda celeste es más negra y tersa. Las estrellas, esas tímidas niñas del cielo, saben muy bien que en este tiem-

po nadie las mira, pues la gente se ocupa de ellas solamente en el verano, al levantar la cabeza y dar un resoplido en procura de aire fresco. Aprovechan entonces la falta de público, y en silenciosa alegría se dan un baño en la gran pileta diáfana del firmamento. Cuando están cerca de los bordes, al entrar ó salir, tiemblan de tal suerte, que por momentos se espera verlas gotear fuego. Otras veces la luna, desamparada en medio del cielo helado y terso, parece un cisne extraviado en un mar sin límites. ¡Qué de nostalgias no sufrirá la pobre en esas soledades de Dios! ¡Ni siquiera una nube que se le atravesase en el camino! Cuando más, alguna lechuza, de puro aburrida quizá, abandona



la tapia del blanco cementerio de campo, y se pone á bailar en los aires por sobre el almácigo de cruces, mirando al astro pálido con sus ojos de ámbar, mientras bate las alas en movimiento de trémolo, sin desviarse un punto, como si estuviese suspendida en el espacio. Mas al fin se fatiga, y dando una silenciosa voltereta, déjase caer con las patas estiradas sobre la cruz más alta y negra del camposanto, para desde allí, toda esponjada, dejar sentir su grito lúgubre: *tráis tabaco! tráis tabaco! tráis tabaco!!*

Pero á la luna, ese blanco fantasma del cielo, no la asustan las lechuzas por más que le bailen sobre los cementerios.

Ella teme especialmente á las nu-

bes: no puede soportar que le tapen la cara. Pero eso sucede en el verano especialmente. Entonces es de verla combatir.

El cielo está despejado y el astro comienza á remontarse con toda la inocencia de una niña que fuera á hacer su primera comunión. De pronto, en un rincón del firmamento, se ve asomar una nubecita blanca, encrepadita; más atrás viene otra, y al poco rato, una parte del cielo queda como salpicada de espuma. Son las primeras avanzadas, los *cirrus*, las nubes más altas, navegando á ocho y diez mil metros de elevación, donde la temperatura es de 50° bajo cero en todo tiempo. Después de ejecutar algunas rápidas evoluciones por orden disperso, la in-

quieta flotilla dirige proa á la luna. El astro sigue avanzando lentamente; cuando el enemigo se encuentra á tiro, le dirige su reflector: entonces, en el fondo azul del cielo se ven brillar las pequeñas corazas de plata. Cada vez lucen más porque se aproximan; la velocidad angular aumenta; el encuentro es inminente. ¡Llegaron! Al chocar, la pequeña nube se inflama de súbito como un capullo de algodón que ardiera; la luna, en cambio, palidece un instante, al rasgarla con su disco filoso. Pero no bien vuelve á brillar, cuando es embestida de nuevo por otra, y otra más, percibiéndose un continuo parpadeo. Mas al fin triunfa el astro. Pasaron. La luna está al otro lado, sola, inmóvil y sin el menor rasgu-

ño. Con esa plácida indiferencia que la caracteriza, contempla en medio de un silencio colosal, el desbande apresurado de la blanca flotilla.

Pero detrás de los cirrus, aunque mucho más abajo, habían venido los *cúmulos*, esos enormes promontorios de nácar ó espuma de mar, de suaves y mórbidos contornos, en donde la línea curva se solaza á sus anchas, compuestos de mil figuras raras, imposibles, en continua transformación y movimiento: dragones, elefantes, briosos caballos, rocinantes filósofos; buques, tabernáculos, mujeres vestidas y desnudas, niños, ángeles, emperadores en sus tronos, obispos con grandes mitras, pájaros fantásticos, esfinges mudas,—como debe ser toda esfinge si quiere

infundir respeto,—y muchas otras cosas sin nombre hasta la fecha.

La nube avanza hacia la luna con lentitud, como perdonándole la vida. De vez en cuando, un ligero estremecimiento agita toda su masa, tiñéndola de un rosa pálido, y todo lo que va dentro, inclusive los animales, se ruboriza. La luna, con su cara de chino rapado mira de reojo á la nube que se le aproxima, y si no se sonríe, es de pura pereza. Por fin, cuando ya la tiene al lado, se le incrusta de un topetón. Gran sorpresa en los habitantes de la nube. El primer animal que se le interpone á la intrusa, es partido por el eje sin inconveniente alguno. Mientras tanto los torneados bordes de la nube comienza á brillar esplendorosamente.

Poco á poco toda la masa va iluminándose conforme el astro opera en sus entrañas. Paulatinamente se transforma en una montaña de ópalo, de jaspe, de alabastro, ó en un gran castillo fantástico de las tres mil y una noche; en una catedral, en un bosque de plata, en fin, en una mansión wagneriana, aunque falte la música describiendo lo que muy pocos entenderían. Por último la luna, después de hurguetear á su gusto dentro de la nube, espantando caballos, partiendo buques, acariciando niños y mujeres y poniéndose la mitra de algún obispo distraído, abre un boquete en cualquier punto de la masa vaporosa, y surge al cielo limpio, ansiosa de respirar aire puro. Gracias á Dios, no hay más enemi-

---

gos. Entonces detiéndose un rato sobre el cénit, y después comienza á descender hacia el occidente. Al aproximarse al horizonte con la cara descolorida y demacrada por la mala noche, salen á encontrarla sus amigas protectoras, los *estratus*, esas nubes largas, angostas y filosas como astillas. Han sabido que la blanca viuda ha sido asaltada y estropeada esa noche por sus colegas, y acuden entonces á efectuarle la primera cura . . . y el astro se hunde haciéndose el enfermo con el rostro cubierto de vendas.

Septiembre de 1905.

---





# CONSEJOS PATERNALES

Á la juventud de Córdoba

## CONSEJOS PATERNALES

---

Querido hijo:

Aunque podría costear tus estudios sin sacrificio alguno, bueno es sin embargo, en ciertos casos, galoparle al costado á la moda, y con mayor razón cuando se trata de una moda altamente moral y económica, como es la de vivir del presupuesto.

Así que, en cuanto llegues á la ciudad y te matricules en Derecho, lo primero que debes hacer es largar-

te á buscar un empleo en cualquier oficina pública, pero con tanto afán y empeño como el que siempre pusiste cuando en tus primeros años, tratabas de dar con la majada extraviada en el monte, después de una gran tormenta. Entre nosotros, eso de que el estudiante debe ser empleado público, es un axioma, y hasta soy de parecer que todo padre de familia medianamente sensato, debiera exigir á sus hijos esta condición indispensable, ya se trate de un padre millonario, sencillamente rico, ó de un pobre de verdad.

Es cierto que los hijos de los primeros son los que más pronto consiguen bañarse en las saludables aguas del presupuesto, pero esto no implica en ellos ninguna superiori-

dad en sus aptitudes natatorias, sino simplemente mayor facilidad para acaparar tarjetas de recomendación, las que, si no son buenas para nadar, resultan excelentes para pescar. Ya sabes que en nuestro país todo favor oficial se atrapa con esos anzuelos de cartulina, reforzados con rogativas á viva voz; todo se pescá así, desde las concesiones milodónicas hasta las porterías de los juzgados, inclusive, muchas veces, las mitras de obispos. Hay otro sistema que podríamos llamar por tabla, pero es algo complicado, y más que todo, se requiere un *toupet* especialísimo, digno de sincero aplauso.

Ahora es necesario conocer las principales fuentes receptoras y emisoras de estos instrumentos de gan-

cho: dirígete á los senadores y diputados nacionales y habrás dado con ellas. Dichos señores te arrojarán con el anzuelo á las agitadas y turbias aguas de los ministerios nacionales, á las pacíficas represas de los gobiernos de provincias, á los pastosos bañados de las municipalidades, y alguna vez—pero eso es difícil—podrías caer también en el origen de todas las aguas superiores é inferiores, en el lago cristalino y puro de la presidencia, situado en las altas y nevadas cumbres.

Cuando te presentes ante un senador ó diputado á solicitar ó entregar una tarjeta de recomendación, debes hacer alusión, entre otras cosas, á su gran influencia en las altas esferas de la política; fíjate

bien y no olvides eso de las «altas esferas», porque es una frase de gran transcendencia. Y es claro, porque un hombre que se encuentra en las altas esferas de cualquier cosa, es magnánimo, pues no tiene más que largar de arriba y la cosa cae por su propio peso, recorriendo, en el primer segundo, 4.90 metros, de conformidad con la ley física que tú conoces. Debes mencionar también su último proyecto presentado á las cámaras, y si no hubiese presentado ninguno hasta ese momento, reconocerás el gran valor de sus opiniones en las discusiones de antea-las. El representante del pueblo replicará á tus palabras con cierto aire de hombre fatigado, casi de neurasténico, pero íntimamente com-

placido, diciendo que es menester sacrificarse por el país, á lo que tú contestarás, profundamente conmovido, que eso es verdad, pero que no todos lo hacen.

Mas, así como una golondrina no hace verano, tampoco un solo empleo hace un empleado: con menos de cuatro no debes conformarte. Desde el momento en que hayas conseguido ese pequeño lote de puestos públicos, eres casi un hombre político, porque el escalón primero y último de nuestra vida política es un empleo; hasta que, por fin, le llega á uno la hora de ser conducido al cementerio, mas, no así en seco, como un cualquiera, sinó al solemne compás de la marcha fúnebre de Thalberg, ó de Chopin, discretamente ejecuta-

da por la banda de música pagada por el Estado; lo cual es un honor y á la vez un consuelo para tu familia. En seguida se te hacen los funerales, por cuenta también del Estado, y después llega la pensión para acabar de consolar á tu familia. Es decir que el Estado, ó si tu quieres, la política, te habrá costeado desde los primeros estudios hasta el entierro, ítem más del consuelo para la familia. Por tanto, cuando en la Facultad se te pidiera una definición de la ciencia política, dirás que, al menos para nosotros, es el arte de vivir y morir flotando boca arriba sobre las fortificantes aguas del presupuesto.

También podrías decir, aunque no me gusta tanto esta definición, que



es el arte de cazar puesto sin meter ruido; y digo que no me gusta esa definición, porque el buen cazador con frecuencia tiene que agazaparse, y muchas veces hasta arrastrarse, para conseguir la pieza, y eso sería demasiado; aunque, por otra parte, sea un ejercicio altamente saludable para la espina dorsal.

Bueno, pues; mientras te recibes de doctor, debes tratar de introducirte en la sociedad, para lo cual te servirán tus condiscípulos y amigos. La sociedad es bastante exigente y delicada... hasta cierto punto. En primer lugar, es menester pasar por un joven de fortuna, ó al menos por un mozo *bien*, de porvenir; tú tienes fortuna porque yo la tengo, y eres de porvenir porque estás em-

pleado y serás doctor, así que llevas triple carga. Conviene, además, demostrar muy buen gusto en el vestir: te recomiendo especial cuidado en la elección de la corbata; esa prenda suele ser el escollo de la gente ordinaria; por ella han fracasado más de un intruso. No se te vaya á ocurrir, por ejemplo, presentarte en un salón, de levita negra, corbata amarilla, sombrero café y botin claro, porque «morirás sin ser llorado, cual un lobo en el desierto». Un bigote cultivado con esmero es otro factor no despreciable; por lo tanto, todas las noches, al meterte en cama y apagar la luz, debes encontrarte correctamente embozalado con la bigotera de última moda. Pero aun hay algo más importante que todo eso.

Cuídate mucho de no tener ideas propias, y muchísimo más de emitirlas si las tuvieses. Trata, eso sí, de hablar bastante y en forma agradable, pero sin comprometerte en nada absolutamente, sin decir absolutamente nada, porque la menor idea ó parecer que emitas, si no tiene la estructura de un zapallo, ó por lo menos la de cualquiera otra fruta conocida, serán considerados sospechosos, y más de un infalible se te vendría encima crujiéndole los ejes; después llegaría la comparsa de fantoches, espada en mano (de lata, por supuesto), vociferando y accionando cual falsos arcángeles de las venganzas finales. Es verdad que en esos entreveros los fantoches casi siempre se pisan la piolita ¡y así

son los enredos! En fin, tus palabras deben ser como un puñado de vistosos insectos, revoloteando por sobre todos los prejuicios y cristalizaciones mentales. Si en un salón se hablara, por ejemplo, de que un grupo de señoras, señoritas y caballeros, ha iniciado cierta suscripción para mandar construir una lámpara votiva, de oro, plata, y piedras preciosas, destinada á un templo de Jerusalén, inmediatamente debes ponerte de pié, y con la mayor elegancia posible deslizarás de tu perfumado portamoneda el billete más nuevo y ruidoso que contenga (aunque no el de más valor), y se lo entregarás á la niña más bonita de la Comisión. Pero guárdate muy bien de observar, ni siquiera para

tu obscuro fuero interno, que al lado de tu casa, algo más cerca de nosotros que Jerusalén, hay gente que necesita luz y lumbre en sus miserables habitaciones, y aun mucho más luz en sus anémicos cerebros.

- Mientras tanto, puedes cultivar tus gustos literarios escribiendo en diarios y revistas, pero siempre sin comprometer opinión en ningún orden de ideas: debes proceder como esos lindos muñecos automáticos de doble cara, que gesticulan, accionan y saludan á los cuatro vientos, pero sin desplegar los labios. A este importante resorte oculto que mueve el muñeco, podríamos llamarle, en mecánica social, el *deprimidor*. No me preguntes de dónde adquirió el

resorte la fuerza potencial de que está armado, pues peor sería tocarlo.

Pero sigamos. Al colega que te hiciese competencia en las letras, debes elogiarle todas sus producciones que á tí intimamente te parezcan malas, y guardar completo silencio respecto á las buenas; mas si te avergüenzas de quedarte callado, puedes decirle que has leído su trabajo, pero que desearías ver algo más intenso, más vigoroso, de mayor empuje, algo en fin que estuviera á la altura de su talento indiscutible. Con ese aplauso de valor negativo, consigues dos cosas: quedas bien con él, y al mismo tiempo lo desorientas, lo desanimas, dejándolo fluctuante respecto al rumbo que debe seguir, porque sola-

mente los tontos están seguros de todo lo que hacen ó proyectan.

Concluidos tus estudios universitarios, pondrás especial cuidado en la elección del tema de tu tesis, porque al desarrollarlo es menester conciliar los gustos, opiniones, creencias, prejuicios y absurdos, de todos tus profesores juntos, y hasta los del señor rector, para más tranquilidad y satisfacción tuyas. Si quieres que tu tesis sea aplaudida verdaderamente, es indispensable que en ella figure un párrafo enérgico y bien declamado anatematizando la ciencia moderna con sus falsos mirajes, sus doctrinas funestas, sus gérmenes corruptores, etc., etc.; dicho todo con verdadera indignación y con un desprecio incommensurable. Después,

para concluir esa tirada de cajón ó encajonada, la expresión de tu rostro debe cambiar súbitamente, convirtiéndose en un terrón de azúcar húmedo, y así, casi derretido, le darás tu adios á la casa, recordando su sombra protectora, tu amamantamiento, etc., etc., y jurando que á ella le bastan sus luces del pasado y sus glorias del mismo origen. En fin, después de colocar tu diploma de doctor en un vistoso marco adquirido en cualquier pinturería, te dedicarás con brío á las nobles luchas del foro; aunque, según dicen, en todo el mundo esas luchas van perdiendo su nobleza, pero en cambio ganan en viveza, lo que prueba aquella otra ley de la dinámica, referente á la transformación de la energía.



En la práctica, preferirás especialmente los pleitos de esas viudas campesinas acaudaladas, las que, al hablar con el «doutor en leyes», se pulen tanto en la dicción, que resulta un verdadero chisporroteo de preciosos disparates.

También suelen ser muy lucrativos los asuntos de ciertos hombres de campo, solterones, ricachos y ociosos, pitadores en chala—tabaco cosechado en la casa—y por lo general grandes tacaños, los que al morir, dan un golpe de mano al Purgatorio, tapándole la boca con toda su fortuna para sufragios de su alma; lo que, por otra parte, prueba la exactitud de aquel refrán antiguo: «para el fuego no hay viejo lerdo». Si consigues hacerte que-

rer por esa gente sencilla, si les infundes confianza, serás su espíritu protector, su hado benéfico. Concluirán por decirte: «Vea, mi doctor, no me pregunte nada, para eso ha estudiado usted; diga dónde quiere que firme, y se acabó». Y se acabará, no te quepa la menor duda. Feliz del difunto si su alma alcanza á disfrutar de los saludables beneficios de las misas de San Gregorio, con las que soñó en sus últimos días, por ser las más caras.

Pero la aspiración fundamental, el rumbo definitivo, la tierra prometida para todo joven en nuestro país, debe ser y es la política. En ella descubrirás con poco trabajo la piedra filosofal práctica, algo mucho más importante que aquella otra

famosa piedra teórica con tanto afán rastreada por los graves alquimistas medioevales en el fondo de sus matraces y retortas. Sin embargo, podrías replicarme que si esos señores alquimistas de lengua barba y melena enaceitada no dieron nunca con la dichosa piedra, en cambio, á fuerza de mezclar y revolver toda clase de inmundicias, descubrieron cosas mucho más interesantes.

Pero dejemos la filosofía á un lado y vamos á cuentas. Para incorporarte á la política activa, principiarás por introducirte de cualquier manera en los recibos del señor Gobernador, lo cual no presenta mayor dificultad. Pero, una vez dentro, es menester andar despacio, porque hay piedras.

Las primeras noches casi no debes desplegar tus labios, sinó sonreír discretamente y mostrar los dientes á todo el que hablare en la rueda; pero, cuando éste fuese Su Excelencia, entonces es preciso entusiasmarse de veras, y hasta podrías llegar á darte una ligera palmada en el muslo, significando así tu sincera admiración por la profundidad del concepto ó el donaire de la frase del señor Gobernador. Pero, te lo repito: no hables, porque, debido á la tensión nerviosa en que te hallas, podrías disparatar.

Poco á poco te irás haciendo al piso, y no estará lejano el día en que, al encontrarte con Su Excelencia, por más gris que sea su traje, puedas percibirle sobre el hombro

alguna pelusita, haciéndosela desaparecer de un leve tincazó ó un soplido recio, seguido de cualquier frase amable.

Con todo esto, el procedimiento de las tarjetas y las rogativas á la Virgen del Milagro, puedes llegar fácilmente hasta las cámaras provinciales; y esa será la base de tus futuras operaciones y de tus ascensos; el diapasón que dará el tono de las condiciones del muchacho, como dirían tus superiores. Y ya que accidentalmente hemos rozado la música, debo advertirte que en el gran concierto vocal de la política, no se permite cantar sino en coro, al unísono y en llave de *fa*; es decir, en una tonalidad relativamente baja, puesto que el límite superior de la

escala para las voces que usan esa llave, se encuentra en el registro del b̄arítono, y al fin un barítono no levanta muy alto la voz.

Es medida prudente consultar la opinión del señor Gobernador respecto á todo asunto que fuere presentado á las cámaras. Y si alguna vez las cosas apuran, y tu conciencia, un tanto sorprendida, se te quisiera echar atrás, no hay más remedio que cerrarle las espuelas, y una vez al otro lado, al fundar tu voto (caso especial en que se puede cantar solo), entornarás los ojos, y con la mano puesta sobre el corazón, modularás una sentimental romanza, la que debe estar infaliblemente en «modo menor» para llegar al alma, finalizando con una bo-

nita cadencia en estilo fugado, que tenga por tónica la nota más baja de tu registro. ¡Qué triunfo el tuyo si fueses capaz de dar la nota clásica de los bajos profundos, el *fa* —1!

Junio de 1904.

---

# ARBORIFOBIA CORDUBENSIS

Á J. M. Eizaguirre





## ARBORIFOBIA CORDUBENSIS

---

Al iniciarse la primavera, no solo comienzan á cantar los pájaros, las ranas y los grillos; á sonreir las huertas, murmurar las aguas, zumban las colmenas y parpadear las luciérnagas, sinó que hasta la gente vieja se anima y rejuvenece, porque el reuma, la gota y los catarros crónicos, esos conspiradores contra los organismos en derrumbe, conforme presienten que el sol ha dado su tajo de ordenanza al ecuador celeste, allá en las alturas, avan-

zando hacia nosotros con su rostro de oro cada día más en alto, se retiran á cuarteles de invierno, ocultándose luego no más en una de tantas grietas abiertas por la silenciosa corriente de los años.

El corazón bate sus válvulas con más fuerza, la sangre adormecida despierta, corre, y se oxigena, y el ácido úrico, esa sorda dinamita desparramada cautelosamente por los conspiradores, es recogido y sacado fuera sin explotar, por una sabia y secreta policía.

Así que, nada tendría de particular que encontráramos más hablador y ligero, aunque no tan alegre como otras veces, á nuestro viejito zapatero, el de las aceras, bombas, focos, campanas y otras cosas es-

tupendas. Es el mismo hombre de siempre, porque los viejos no cambian. Divagando al compás ó en contra tiempo de su chato martillo, con sus anteojos nublados en la punta de la nariz, en inminente peligro de desbarrancárseles, no obstante el eficaz auxilio del rosado lunar establecido cerca del *divórtium aquárum*.

Bastante nervioso lo encontré al viejito esta mañana. Después de una rápida *toilette*, pasó al taller, un cuarto húmedo y fresco, saturado de suela y engrudo; piso de ladrillo antiguo, firme y desparejo, colorado y lustroso, previamente regado y barrido por su nieta.

Entró y abrió con cierta brusquedad la ventanita que mira hacia la huerta, y permaneció inmóvil con-

templando sus queridos árboles. Los naranjos nevados de azahares, los granaditos enanos ensangrentados con sus flores, los durazneros envueltos en tules rosa, los peros y damascos como si una bandada de mariposas blancas hubiera hecho estación sobre ellos. En fin, más cerca, en la galería, las madreselvas y las rosas multiflor afanadas por cubrirlo todo con sus pimpollos. Ante este cuadro tan sencillo, tan repetido, pero siempre tan nuevo y palpitante—porque no hay nada más viejamente nuevo que la naturaleza,—cubrióse el rostro con ambas manos, meneó la cabeza . . . pero no podría asegurar si lloró, aunque, al dar la espalda á la ventana y dirigirse á la sillita de suela que ya co-

nocéis, vislumbré detrás de los turbios lentes sus ojitos verdes algo más brillantes que otras veces, como un par de «tucos» dentro de la niebla.— «Los que acaban de asesinar eran sin duda más hermosos» —dijo, y se sentó, esta vez sin mucho castañeteo de coyunturas. Tomó un botín empalizado por la horma y lo incrustó entre sus dos flacas rodillas, la suela mirando al techo: el botín semejaba á un sapo boca arriba aprisionado por los tentáculos de algún bicho raro. Creo que si en vez de la horma hubiese estado dentro el pié de misia Eustorofila, la propietaria del botín, ¡oh! entonces escuchamos seguramente un alarido, pues nadie ignora que todas las energías de un zapatero suelen

estar concentradas en la punta de sus rodillas.

Tomó el martillo, y en un santiamén le remachó una manga de clavos en hilera. ¡Cuántos de esos pícaros clavos no irían á ser quizá la causa de que misia Eustorofila aflojase la marcha en las procesiones, dando lugar así á que sus perspicaces y amadas colegas, con toda injusticia, la acusaran de católica fría. Y eso sería una gravísima injuria para misia Eustorofila. Enfriársele el fervor, así de sopetón, tan cerca del final de la jornada, cuando se preparaba á gozar de los incalculables beneficios que le reportaría su gran cosecha de indulgencias obtenidas á fuerza de privaciones, y hasta podríamos decir, á pun-

ta de hombro y de codo, porque en ciertas atracuras místicas, es menester poner en juego esos sencillos resortes naturales. Si tal cosa le llegara á suceder, sería para ella lo que es para los colonos una gran helada en el momento mismo de cuajar los trigos.

—Están listos—dijo el zapatero, y colocó el par de botines sobre la tabla de obras terminadas.

Tomó en seguida la plancha vieja de batir suela y la colocó donde un momento antes estuvieron los botines, es decir, entre las rodillas, y principió ese martilleo semiblando, más bien agradable al oído, porque se alternan los golpes de timbre metálico con los de sonido mate, al dar, unas veces sobre la plancha limpia y otras en la suela elástica.



—Tac, tin, tac—¡oh! esos golpes para nuestro viejito constituían su estimulante mental más enérgico. Ese era su cuarto de hora, su momento. Entonces solía hacer, entre golpe y golpe, el comentario social y político del día y de la semana.

— Me aproximé y atendí.

—Sí, sí—tin, tac,—no hay duda; padecemos de arborifobia crónica. ¡Qué desgracia! — tac, tin. — Nuestros hombres dirigentes son los más enfermos. Casi todos nuestros intendentes han padecido de arborifobia aguda. La arboleda del Paseo Sobremonte, esa esplendidez, fué destruida con verdadero *amore*, ¡un crimen! no castigado por el código penal. Nuestras plazas, nuestras calles, son arrasadas de cuando en

cuando.—Tin, tac, tin.—¡Qué barbaridad! ¿No habría algún suero preventivo contra esta enfermedad para vacunar inmediatamente á todos nuestros hombres dirigentes? No lo hay, sin duda, porque en Europa es desconocida esta dolencia. Solamente que el Dr. Julio Méndez se preocupara del caso...—tin, tac.—Quizá pudiera combatirse indirectamente con la educación, con la instrucción,—tac, tin,—pero, ¡qué diantres, si acaba de estallar la arborifobia nada menos que en la casa de las luces, de la «sapiencia»: en la Universidad Mayor de San Carlos! Esto es como si en pleno instituto Pasteur hubiese explotado la hidrofobia ó el carbunco, sus dos triunfos; y eso sería mil veces más disculpable—tin, tac, tin.

—Cuando ayer tarde me dijeron que habían entrado los indios al patio de la Universidad—tac, tac,—arrasando su clásica arboleda, lo único que iba resultando histórico, su sello antiguo, su nota viviente, algo que infundía en el ánimo del visitante cierto misterioso y vago respeto, porque en esos árboles hermosos sentíase palpar una época; en su savia se encontraba cristalizado el tiempo, y sus flores, al exhalar el suave perfume de lo pasado, embriagaban el alma de dulce melancolía á los que hoy, ya hombres, y viejos, muchos, estudiaron en su casa.

Hasta aquí el viejito había suspendido el martilleo, quien sabe por qué. Le brillaban los ojos. Respiró con fuerza y prosiguió:

—Si, señor—tin, tac, tin,—al tener dicha noticia, dejé para más tarde la media suela del padre guardián, y llegué acezando á la Universidad, así no más, de gorra y delantal. El cuadro era en realidad lúgubre: los naranjos gigantes y los limoneros yacían tendidos en desorden, y como estaban literalmente cubiertos de azahares, me imaginé ver en ellos los cuerpos de otras tantas novias asesinadas en las gradas del altar.»

«Los enormes pinos, rectos como flechas, habían caído también; magníficas magnolias y no sé cuantas otras plantas más... Pero no debo mentir: indios no se veían. ¡Solamente que se tratara de indios mansos! Pero tampoco se veían indios mansos. A no ser que... en fin.»

«Lo único que había quedado intacto en medio de tal desolación, era la estatua del obispo Trejo, el fundador de la Universidad. No quise ver más, cerré los ojos y me vine. Pero volví por la noche, para hablar tranquilamente con Federico, el antiguo empleado y centinela del establecimiento.—Tac, tin, tac.—Lo encontré mustio.—Vamos á ver, Federico, no hay que abatirse, y venga, mientras tanto, una tacita de café, de ese que toman los profesores para reavivar el cerebro agotado en el rudo é intenso batallar del aula. Yo también he perdido el ánimo al presenciar este desastre.—Tac, tin, tac.—Federico me sirvió café, pero él tomó manzanilla, lo que me extrañó, aunque luego recordé

que las impresiones fuertes, suelen repercutir, de reflejo, en los intestinos.—Tin, tac.

—Ya ve usted lo que han hecho —me dijo. — ¡Los naranjos plantados el año sesenta por el querido viejito señor Rodríguez, el padre del venerable profesor de filosofía, don Pablo Julio!— ¡Pobre don Pablo Julio! al cruzar por los claustros se cubre la cara: no quiere mirar al patio;—y yo que los he regado más de veinte años! . . . ¡Qué hubiera dicho el doctor Lucero!

—Hubiera sentido como tú, Federico, pero quizá no dice nada, porque nadie puede ni debe oponerse al avance majestuoso de la civilización —tac, tin, tac,—y lo que acaba de llevarse á efecto en este patio his-

tórico, mi querido Federico, es un acto de civilización transcendental, inconmensurable. Y nosotros sin haber viajado nunca, sin haber sacado jamás nuestras humildísimas narices por sobre este marco de barrancas que limita nuestra visión física y mental, ¿cómo podríamos vislumbrar su alcance, si se pierde en las nieblas violáceas de un horizonte indefinido? Pero, aquí para nosotros, Federico, mirando hasta donde podemos ver, porque de mirar á ver hay un buen trecho, ¿quién ha protestado en alta voz de tal iniquidad? ¿Acaso todos son afónicos? —Tac, tac, tin.—Por mucho menos suelen oirse gritos agudos y grandes pataleos. Es decir, por aquello que no tiene ningún valor, ó acla-

rando algo más el concepto: por lo que no pueda molestar á los que disponen de influencia, aunque fuese la cocinera,—tin, tac, tin.—¡Ah! la influencia, Federico, es algo muy respetable! Hasta en manos infantiles puede resultar una arma temible y, sin embargo, tan sencilla como la aguja colchonera. En fin, mi querido Federico, primero está el cultivo de los puestos que el de los árboles, aunque recuerdo que en la estancia en donde fuí *puestero* cuando joven, el contrato me obligaba á plantar árboles.

—¡Qué barbaridad!—dijo Federico echándose el sombrero sobre los ojos, porque en ese momento se rasaba la corona,—«ridad»—repite-ron las bóvedas de los claustros



vacíos. Pero en seguida escuchamos una voz que no era el eco de la nuestra, y que nos dejó helados.

— «Federico, hijo mío, arrímame una escalera» — oímos bien claro — «lera» — repitieron las bóvedas.

Federico me miró, pálido, mortal, y para que su cara de tomate palidezca! . . .

— «Arrímame una escalera, quiero marcharme» — «charme» — volvieron á repetir las bóvedas.

Se nos enfriaron las manos. Miré de reojo hasta el patio desolado; la luna lo alumbraba más que nunca, ya lo creo, más que nunca: parecía un cementerio. La torre de la Compañía dejaba caer largo á largo su sombra enorme. Dios me perdone, pero me pareció que la estatua del

Obispo se movía; sí, no había duda, se movía la estatua. Federico también comprobó el fenómeno, pero quiso marcharse. Lo convencí de que una estatua nunca puede ser peligrosa aunque se mueva . . . mientras no se esté muy cerca de ella. Casi en cuatro pies llegamos hasta la verja del jardín. Después de un momento de expectativa, vimos inclinarse al Obispo repetidas veces sobre el pedestal, como con intenciones de saltar al patio: tanteaba y hablaba en voz baja. Por fin se irguió.

—No quiero cometer una locura— dijo—pero conste que aquí permaneceré contra mi voluntad.—Le dí un pellizco á Federico.

—¡A quién se le ocurre, Dios mío

—prosiguió el Obispo —destrozar mis naranjos! ¡Tan luego los naranjos, señor Dios de los ejércitos! ¡El deleite de toda mi vida, mi actual refugio!

Le dí otro pellizco á Federico.

—¿Acaso no recuerdan ya la delicada pintura que de mi humilde persona hiciera el joven literato Rodríguez Larreta en su clásico discurso, cuando me veía cruzando á pié los bosques de naranjos del Paraguay con mi verde sombrilla desplegada?

—Señoría Ilustrísima—dijo Federico con voz trémula,—en obsequio de Su Señoría se ha hecho el destrozo. Dicen que á su estatua le falta luz y ambiente.

No tuve tiempo de taparle la boca á Federico.

—Hijo mío — replicó el Obispo— yo no he pedido como Goethe, al morir, «luz, más luz», aunque dicen que eso es mentira; luz me sobra en las alturas, pero en caso de pedir algo para aquí abajo, hubiese dicho: ¡Naranjos floridos, más naranjos! ¡No corteis mis árboles!

—Pero en cambio proyectan hacerle un parque inglés, Señoría Ilustrísima—dijo Federico con cierto temor.

—¿Parque inglés? Diles que se lo hagan á cualquier obispo hijo de la Gran Bretaña.

—¿De la gran qué, ha dicho?— me preguntó Federico en voz baja.

—¡Bretaña, hombre! el país de la justicia y de la libertad por dentro.

Pero á esta altura del monólogo

de nuestro viejo, vino misia Eustorofila y lo cortó, metiéndose al taller.

—¿Se puede?—dijo una voz cascada.

—¡Pase adelante, misia Eustorofila! Dichosos los ojos . . .

—Cállese su embrollón ¿hasta cuándo piensa tenerme descalza?

—Aquí están sus botines, misia Eustorofila, con un par de medias suelas más pulidas que una patena; pero ya sabe, mi señora, si quiere que le duren, mezquínele el cuerpo á la piedra-bola.

—¡Siempre usted con su piedra-bola!—Bueno, vamos á ver, se me pasan las «cuarenta horas», ¿qué le debo?

—¡Ya sabe, misia Eustorofila!

—¡Uff!

—Aquí tiene *La Nación*, abuelito —dijo la nieta entrando;—trae la crónica de la Fiesta del Arbol que usted buscaba. Fíjese, abuelito, en esa fiesta, en Buenos Aires, doce mil niños han plantado igual número de árboles, los han regado, y después les han cantado un himno. ¡Qué lindo, eh!

—Sí, mi rica, aquí hemos de hacer otra, con el tiempo: la Fiesta de las Hachas. Cada niño vendrá con su linda hachita muy bien afilada y cortará su arbolito. Después, todos reunidos, cantarán en coro el «himno á las hachas», escrito por algún poeta atacado de arborifobia aguda.

—¿Y misia Eustorofila?

—Hace años que se fué.

—¡Bueno, á la mesa, señorita!  
están dando las doce.

¡Que sirvan la chatasca!

Octubre de 1904.

---

# ENTRE OCIOSOS

Á Guillermo Sánchez Sorondo

•





## ENTRE OCIOSOS

---

Dentro del canasto de papeles inutilizados, una noche de invierno, encontrábase reunidos y revueltos pero en buena armonía—lo que no siempre acontece entre los hombres y menos aun entre mujeres—los siete días de la semana pasada, víctimas inocentes de los dedos más ó menos limpios de un don cualquiera, ya que cualquier bípedo se considera autorizado para hacer correr el tiempo con sólo ir desplumando el almanaque de pared, sin sospechar si-

quiera lo mucho que costó á hombres eminentes la preparación de nuestro calendario.

—Bueno—dijo el Domingo, bostezando, después de empujar un sobre cargado de estampillas que había cobijado una nota de ministro—les declaro á ustedes francamente que, á pesar de mi alto rango en todo el orbe cristiano, estoy completamente aburrido de mi noble papel. Hablando la verdad, aquí para internos, me considero el representante del día más desgraciado de toda la semana. En todas partes, desde mi amanecer, comienza la gente á disparatar, permitiéndose libertades fuera de programa. Por ejemplo: el campanero se considera plenamente autorizado para menudear badajos

á puño limpio en cuanto malicia que se viene el alba, y el respetable público, muy poco respetado en este caso, soporta resignado el metálico aguacero, todo porque se trata de mi día. El servicio doméstico, ó más bien dicho el indómito servicio, dado su místico fervor indiscutible, al primer campanazo resuelve abandonar la casa con cierto sigilo misterioso y ese criollo frou-frou de enagua almidonada hasta el límite del cuero; sigilo que, si no huele á escapatoria, es porque el tin-tin de las medallas del rosario certifican propósitos muy santos. Estos deslices fervorosos llévanse á cabo á la hora cenicienta de las gaitunas sinfonías ejecutadas al aire libre sobre los tejados sombríos ó las blancas azoteas . . .

—¡ Ah!—dijo el Sábado—para mí no hay nada más delicioso que esa música de tejados arriba á altas horas de la noche, cerca ya del amanecer, cuando las estrellas comienzan á dar sendos pestañazos como grandes ojos de fuego anegados en Hanto, y la Luna, cual si fuese la enfermera de la Tierra, vela resignada, con su rostro lívido, sobre la inmensa soledad del cielo.

—Tiene usted un gusto muy pervertido—observó el Viernes, con su tonito gangoso de sacristán de monjas—no se puede negar que es usted un calavera incorregible. ¡ Cómo diantres puede usted encontrar, no digo belleza melódica, ni siquiera un simple placer acústico, en esos alaridos desgarradores de los gatos á media

noche! ¡Cuál de ustedes no se ha desvelado alguna vez al escuchar esas voces quejumbrosas, terriblemente lúgubres que van subiendo de tono paulatinamente; hasta que de improviso, sin decir agua va, estallan en un grito desgarrador y en un resoplido furioso como de quien se asa vivo, oyéndose después sobre el tejado un nutrido redoble de suaves taloncitos en dispersión! Esas cosas, mi distinguido colega, son de mal gusto, y hasta podríamos decir, algo livianas.

—Ya viene usted con sus letanías y remilgos—dijo el Sábado.—Es usted un pobre día á quien los hombres le han echado encima todas sus fechas tristes, todos sus aniversarios dolorosos. Con sólo nombrar-

lo á usted, la gente pone' cara de embudo. No debe mirar con malos ojos la felicidad ajena; sino, tendría que recordarle aquella frase de un personaje de Shakespeare: «¿Crees tú que porque eres virtuoso, no debe haber ya sobre la tierra ni pasteles dorados ni vinos de Canarias?» Y como los pasteles y vinos de hoy en día deben ser sin duda superiores á los que probó el inmortal poeta, mayor razón existe entonces para que deje usted tranquilos á los que intenten saborearlos por su cuenta y riesgo.

—¡Pero, señores!—replicó el Domingo—me han dejado ustedes con el indómito servicio en las iglesias, mientras se dedican á una discusión perfectamente inútil; y después

de todo ¿quién podría asegurar que si el amigo Viernes tuviera á su alcance esos pasteles, no se los tragaría como cualquier otro día mortal de la semana? Déjense, pues, de discutir pamplinas, y permítanme seguir en mi descrédito. Esto de hacer sus confesiones al estilo de los grandes hombres, es un placer íntimo. ¿Quién se desacreditó con más fruición que Rousseau?»

«Estábamos en que yo era el día más desgraciado de toda la semana, y en que el servicio doméstico había desaparecido de las casas como por encanto. Vuelve al fin el servicio cual paloma al arca (pero sin ramo de olivo en el pico) y comienza el afán de los patrones para cumplir con el dominical pre-



cepto. Pero las horas van pasando y nadie está listo, porque en mi día todo anda atrasado y á empellones. El lechero viene tarde, lo mismo el panadero; la cocinera no ha hecho fuego á tiempo y la gente clama por el desayuno; el patrón pide á gritos un cuello del cuarenta, la señora el corsé de cincuenta pesos, las niñas el pomito de pintura, y contesta la mucama: «¡lo tiene la señora!» «¡mentís che, pícara!» Los niños lloran por sus ropas nuevas, y á todo este infernal desbarajuste, se mezclan las campanas de todas las iglesias.—«¡Se nos pasa la misa, salgan!»—grita la patrona.—Y salen por fin atropelladamente en persecución de la misa de once, por ser la más de moda, es decir la más lujosa».

«La señora ostentando sobre el cuerpo, por lo menos cinco meses de sueldo del marido; los que restan del año, que son siete, los llevan entre las muchachas y los niños, así que el pobre padre de familia tendrá que vestirse con los eventuales del naipe ó la ruleta».

«A las doce, todo el mundo se atiborra de comida por la misma causa, es decir, porque es domingo. Más tarde, á eso de las dos, principian á llegar las visitas de ocasión, aves de paso, gente que vaga sin rumbo, arrojada á la luz de las calles por la ola negra del aburrimiento inconsciente, el peor de todos, porque se burla de sus víctimas, haciéndoles creer que se divierten. Ataviadas con lo más vistoso y relucien-

te que ocultaron los haules y roperos durante la semana, hablan sin ton ni son, como loros en jaula puestos á la resolana. Otra parte del público va al corso, en Buenos Aires, á Palermo, la mayoría en carruaje más ó menos alquilado, ó si ustedes quieren, empeñado, y allí giran á paso funerario, grave, tiesa, empalizadamente, como si se hubieran tragado un gran bastón de mando; mientras tanto, el hermoso parque bonaerense sonrío al cielo... y á los lindísimos caballos.

«Aquí, entre nosotros, se hace el corso en la calle predilecta que sabéis, Colón, por más seña, espaciosa avenida de treinta y cinco metros de ancho, con su doble hilera de plátanos frondosos, palmeras y

otros árboles gigantes. ¡Oh, delicioso ambiente, tónico y deleite de la membrana pituitaria! ¿Podría comparársete con el aire sofocante y mefítico que se respira en los parques y jardines «Las Heras» y «Crisol» donde tan sólo se ven pandillas de muchachos armados de hondas, persiguiendo los pájaros que se atreven á deleitar con su canto ó su plumaje á esos mismos bandoleiros ó á las personas de mal gusto que se permiten quebrantar la regla, no asistiendo al clásico paseo coloniano?»

«Por la noche, el público llega al teatro, bastante retardado por ser domingo, y la pieza que se da es de las peores, porque mi día es el sacacavos de los malos repertorios.»

«En fin, paso por alto, de intento, las borracheras, jugarretas y trasnochadas de que soy causante, porque, si fuéramos á seguir apuntando observaciones . . .

—Sin embargo—replicaron á una voz los seis días hábiles de la semana—en las 24 fiestas extras que nos brinda nuestro almanaque criollo, además de los 52 domingos de ordenanza mundial, á todos nos toca alguna vez ser causa directa y testigo ocular de iguales cosas, y hablando la verdad, no nos aburre.

—¡Cómo!—dijo el Domingo—¡aun hay que recargar al año con 24 días más de holganza sobre los 52 que me pertenecen por derecho legítimo! Así que, entre todos, sumamos 74 días de farra!—exclamó el Domingo, algo sorprendido.

—Ó, si usted quiere, dos meses y medio.

—Si me permiten . . . —dijo el Lunes con su voz debilitada.

—Lo que usted guste, mi querido adlátere—contestó el Domingo.

—Bien—dijo el Lunes—gracias á mi larga y desdichada experiencia, pues me considero el día más apático, embotado y gelatinoso de toda la semana, puedo observar á ustedes que, si consideramos estas cosas únicamente desde el punto de vista del trabajo util, son mucho más de 74 los días perdidos, porque fíjense ustedes: todo colega posterior á uno de fiesta, de hecho resulta lunes, aunque sea jueves, y el lunes se trabaja, cuando mucho, medio día.

—Muy discreta observación — replicó el Martes,—así que, agregaremos setenta y cuatro medios días, ó sean 37 enteros, y nos resultan ciento once (111), casi la tercera parte del año.

—¡Ya ven ustedes si tenía razón! —dijo el Domingo.—¡Yo, el principal causante de tanta ociosidad!

—Por mi parte debo hacer una salvedad—gritó el Viernes,— como entre esos 24 días extras deben contarse sin duda los tres de Semana Santa, no puedo permitir, ni por un momento, sean considerados como los demás, pues se trata de la fecha más solemne y grandiosa del año entero. Días de recogimiento y profunda quietud, en que hasta las campanas enmudecen, no oyéndose

---

más que el liso y seco claqueo de la matraca, evocando no sé qué idea de inmenso vacío, de abandono y desolación. El interior de los templos se encuentra sumido en el más profundo y obscuro sosiego; apagado todo brillo, todo resplandor indiscreto, por el severo crespón opaco; todo ruido, por alfombras y mullidos tapices. Hasta el monstruo armonioso, el órgano, que podría rugir como cien leones enjaulados ó trinar suavemente como una calandria en noche de luna, enmudece también, y allí se le vislumbra en el coro desierto, sumergido en la penumbra, como un fantasma, esperando inmóvil el grito victorioso del Sábado de Resurrección, para explotar como un volcán de notas y acor-



des, y conmover, desde los cimientos del templo hasta la tenue y quieta llama de los cirios.

—Se conoce que es usted parte interesante—dijo el Domingo,—estamos conformes: son sin disputa los días más imponentes y graves del año, pero voy á probarle á usted que hasta en ellos la gente dispara; y si no, dígame usted ¿cómo me explicaría ese lujo, no digo asiático,—porque al fin sería elogioso—sino sudamericano, chillón, discordante, ampuloso, que llevan las mujeres, precisamente el día de más dolor y tristeza para todo el orbe cristiano? ¿Asisten á un baile ó á un duelo?

El Viernes puso una cara de aceituna avinagrada, y mientras se ras-

caba la cabeza maquinalmente, re-  
funfuñó: la pregunta tiene por lo  
menos un bemol; así que la respues-  
ta debe estar en *fa mayor* ó en *re*  
*menor*, mas, como yo no entiendo  
sino de *canto llano*, me es imposible  
satisfacerla.

Se oyó una carcajada general que  
hizo bambolear el canasto.

—Eso no se llama irse por la tan-  
gente, sino saltar paredes — dijo el  
Lunes con socarronería.

—¡Cállate albañal del Domingo!  
—replicó el Viernes, morado de ra-  
bia.

—¡Y tú, ilustre representante del  
bacalao y del poroto, caballero cru-  
zado en las negras lides de los dis-  
pépticos!

—¡Vaya señores, no es para tan-

to!—dijo el Domingo—cada uno con su manera de ver, y santas pascuas. Y ahora que digo pascuas, supongo que el Viernes no tomará á mal si yo, consecuente con mi tésis, demuestro que ni el gran Domingo de Pascua se escapa á la regla fatal.

—¿Yo . . . porqué? — contestó el Viernes— y después de todo, en ese día de regocijo casi mundial, es muy disculpable cualquier salida de tono.

—Ya ve usted, por algo se pierde el juego.

—Opino como el Viernes—dijo el Lunes—en ese día debiera disculparse cualquier disonancia, cualquier *lapsus* ó abandono del compás, en obsequio á la fecha; y es natural, pues acaban de pasar las cinco semanas clásicas de mortificación, de

penitencia, de arrepentimiento, y el cielo, cual un bondadoso acreedor que hubiese amenazado á sus clientes tan sólo por ver si se corrigen alguna vez, les perdona al fin, como siempre, volviéndoles á abrir nueva cuenta en ese gran libro del tiempo, de infinitas y blancas páginas. Y la humanidad—probablemente arrepentida,—pero tan cruda como antes, surge de nuevo al escenario de la vida diaria, y dirigiéndose al maestro de orquesta, que en tal caso muy bien pudiera resultar el ilustre Mefistófeles, le grita: «¡maestro! ¡un pericón!» y el fandango se reanuda.



# DE LA LUNA

Al Ing. Daniel Gavier



## DE LA LUNA

---

Hasta la fecha los señores estas siguen discutiendo aquello de «si la poesía de las cosas se destruye por el conocimiento científico de ellas». No sé porqué me parece que la tal proposición ha de seguirse tratando un rato todavía, pues siempre habrá espíritus románticos, ultrasensibles, anticientíficos, primitivos. Nunca faltará quien aplauda aquel brindis del poeta inglés Keats en casa del pintor Haydon: «¡Señores! por la excecación de la



memoria de Newton, pues él fué quien destruyó la poesía del arco-iris, reduciéndolo á un prisma. Si algún discreto lector se animara á decir ¡qué infeliz Mr. Keats! yo no tendría reparo en apoyar su indicación, con el permiso, naturalmente, de los ingleses románticos, desde que Mr. Keats fué un romántico de atar.

Después de todo, y esto es lo principal, entiendo que el arco-iris no ha sufrido detrimento alguno con la explicación de Newton; ni siquiera se ha desteñido, encontrándose en idénticas condiciones desde el día memorable en que por vez primera se abrió majestuosamente sobre la tierra desolada, rozando los dos opuestos bordes del globo, todavía pan-

tanoso y húmedo, para alegría y tranquilidad de nuestros segundos padres, y de bastantes animales.

En cambio, hay otra clase de artistas que juzgan de muy diferente manera á Mr. Keats. No olvido lo que respecto á Gounod contaba, hace dos años, en un clásico discurso, el eminente astrónomo Janssen, ese temible espía que tiene el sol. Decía el sabio que en sus conversaciones amistosas con el músico, solía hablarle de astronomía, y una vez, al explicarle la segunda ley de Képler, la de las áreas, exclamó Gounod, con los ojos llenos de lágrimas, «¡qué grande y qué hermoso es eso!» Con razón, digo yo, la música del *Fausto* no envejece. Ese era un artista, puesto que la ver-

dad exaltaba su espíritu lejos de deprimirlo... Pero, de conformidad con el epígrafe de estas líneas, caigamos á la luna, aunque resulte un páramo.

Antes de la invención del anteojo, la luna era un espejo de plata en el cual la tierra se miraba, y desde este falso punto de vista, los poetas le cantaban. Mientras que hoy, para nosotros, la joven Selene es algo así como una enorme bola de yeso horadada y carcomida, salpicada de enormes cavernas y altísimas montañas; una casa del cielo desalquilada y en ruinas, quizá con duendes y fantasmas, en donde parecen reinar el silencio absoluto, la soledad y la muerte. Sitio muy adecuado para las meditaciones transcendentales.

---

les, para el estudio de las ciencias ocultas, ó para escribir algún gran poema macabro, aun más tétrico y espeluznante que el del ilustre protegido de Virgilio. Me imagino el que escribiría nuestro gran poeta Lugones con toda esa fuerza plutónica de que dispone. En tal caso, le recomendaría se instalara en los bajos del cráter de Copérnico, una de las regiones más hermosas, fantásticas y abrigadas de la casa, y, por su posición, especialmente «balconea-ble» desde la nuestra.

Aunque hace poco el poeta le cantó á Selene, sin embargo, otra cosa sería desde arriba. Es cierto también que mucha gente no entendió ese canto, lo cual nada me extrañó, pues para entenderlo, es ne-

cesario entender primero á la protagonista, y ésta, aunque es persona de pocas vueltas—sobre sí misma—y de una sola cara—no es política—tiene, no obstante, una manga de hemoles. Estoy, pues, en que Lugones entendió á la luna, y por lo mismo, el respetable público no entendió á Lugones. Para ajustarse al verdadero diapasón selénico, por fuerza el canto debía ser áspero, sombrío, extravagante, misterioso, brillante, exótico, rarísimo, pero con no sé qué de atrayente, porque así es ella, cinematográfica ó físicamente considerada, especialmente en el segundo caso, si la miramos cómo y cuándo se debe, es decir, del 5.º al 9.º día, en noche silenciosa y profunda, con buen instrumen-

to, y el espíritu dispuesto á lo que la imaginación resuelva. Reconozco que en esos momentos produce muy buen efecto un lúgubre ladrar de perros allá en las lejanías.

Quizá por ser la luna nuestra vecina y á la vez nuestra cautiva, es el astro más calumniado por el vulgo. Así es la gente: basta que se le vea á uno pasar á hora fija por los mismos sitios, para que en seguida le cuelguen un hermoso racimo de dudosas intenciones. En todo ha de meter la luna su viejo cucharón de plata. Sin embargo, es curioso observar que, justamente lo que el vulgo sabe de ella, es lo que se ignora, y que ignora por completo lo que se sabe. Todo el mundo asegura que la luna nueva hace llover y que la llena

es enemiga de las nubes; según la dirección de sus flamantes cuernos, habrá humedad, sequía, tempestades, etc.; los locos, melancólicos y los epilépticos, son «influenciados» directamente por ella; los candidatos á perder los estribos de la razón se vuelven insoportables dos veces al mes, en luna nueva y llena, es decir, en las sizigias. ¡Cómo sufrirán los pobres locos en Júpiter y Saturno, con cinco y nueve lunas respectivamente, en la arriesgada suposición de que esos dos blandos mundos estén ya habitados! <sup>(1)</sup>

En fin, nuestro satélite, en materia de prejuicios, es una mina inagotable y baratísima. En Francia hay una tal luna *rousse*, que po-

(1) Hoy (1906) Júpiter tiene siete satélites y Saturno diez.

dríamos llamar chamuscadora, terror de jardineros y agricultores y de la cual también he oído hablar aquí á algunos de estos últimos. Al gran geómetra Laplace, según Arago, lo alcanzó á chamuscar. Formaba parte Laplace de la Comisión de sabios que iba á presentar á S. M. Luis XVIII las tablas de los movimientos celestes y el anuario. Después de las ceremonias de estilo, y probablemente sin que S. M. hubiera hecho el aprecio debido á esos trabajos magistrales—porque los reyes han sido siempre mozos muy ocupados,—le pidió á Laplace se sirviera explicarle la influencia de la luna *rousse* sobre las cosechas. Estoy seguro que el actual emperador de Alemania no haría ciertamente esa



pregunta, pero también casi podría asegurar que trataría de modificar ó corregir los cálculos. Laplace, el gran analista, el que había puesto en claro nada menos que la mecánica del universo, desenredando al mismo tiempo con la punta de su lápiz de luz la intrincada madeja de los caprichosos movimientos de la luna, encerrándolos en fórmulas inmortales; él que por medio de cálculo había jugado con ella en el espacio, con tanta originalidad y soltura como podría hacerlo un gato con una bola blanca sobre un gran espejo, no supo responder á esa pregunta.

Así que, después de deglutir en seco, manifestó un tanto cohibido, que le era imposible satisfacer la

curiosidad de S. M., «porque esa luna no ocupaba ningún puesto en las teorías astronómicas». Ahora, en cuanto á la preocupación de la luna chamuscadora, se basa en lo siguiente: los agricultores han observado que en la primavera, aunque el termómetro marque por la noche varios grados sobre cero, es decir, aunque no haga frío, las plantas suelen helarse, chamuscándose, «si la luna está muy brillante». Es realmente un fenómeno curioso, pero fué puesto en claro por Wells. Este físico inglés comprobó que la temperatura de muchos cuerpos, especialmente las plantas, por la noche, «con cielo despejado», puede bajar hasta cero grado, siempre que la temperatura de la atmósfera no pa-

se de seis ú ocho grados sobre cero. Arago explica entonces lo de la luna *rousse* recordando que en su país, en Abril y Mayo, esa es justamente la temperatura de las noches, y que, si la luna brilla, es porque el cielo está despejado. queda, pues, plenamente demostrada la inocencia de la luna en el crimen de lesa agricultura. Wells ha sido para ella lo que Zola para Dreyfus. Sin embargo, no es difícil que el astro de la noche y el oficial francés sigan en la picota por aquello de Mr. Chanfort: *Combien de sots faut-il pour faire un public?*

La dirección que tienen los plateados cuernos de la luna nueva al hacer su debut mensual, á esa hora en que todos los gatos comienzan á

volverse pardos y las cosas más prosaicas y más vistas á presentar algún lado interesante ó sospechoso, da lugar á un semillero de preocupaciones y supercherías. Si apuntan hacia arriba, hará buen tiempo en todo el mes; si están inclinados á tal ó cual rumbo, habrá sequía, temporales, borrascas, etc. Como se ve, la luna nueva lleva ensartada en sus blancos cuernos toda la ciencia metereológica presente y venidera. Esto sería muy bonito si fuera cierto, y de gran utilidad para los gobiernos, puesto que se suprimirían los observatorios meteorológicos con sus redes de estaciones y sus servidores. Pero, desgraciadamente, el negocio de los cuernos es un asunto particular entre el sol y

la luna: depende de la *declinación* que tengan ambos personajes, más ó menos, un par de días después de su conjunción, ó como se dice, en luna nueva. Se trata, pues, de un fenómeno perfectamente calculable, preciso: una cuestión de ángulo, de perspectiva. Ningún aficionado á la cosmografía ignora que la declinación del sol no pasa jamás de veintitres grados y pico, y que la de la luna llega con frecuencia á veintiocho, porque la luna, á pesar de sus arrugas, es coqueta, por ser dama, y en su eterno borneo á lo largo de la eclíptica, esa estrecha senda del sol, suele desviarse con frecuencia hasta cinco grados, á uno y otro lado de ella, caminando por el campo; así que, al efectuarse la conjun-

ción, casi siempre tiene mayor ó menor declinación que el rubio Febo, encontrándose por lo tanto, algo á la izquierda ó á la derecha de su pretendiente, de ahí la inclinación de sus inocentes cuernos.

Sería sin duda una gran simpleza pretender aminorar el crédito de que goza la luna en todo el orbe como factor meteorológico indiscutible y quizá único. El respeto que merece un prejuicio debiera estar en razón directa de su volumen: una gran barranca es algo muy respetable, y todos los locos juntos de un manicomio son respetabilísimos. Por lo demás, muchos sabios, en todos los tiempos, se han dedicado á analizar estas preocupaciones sin conseguir nada, cayendo algunos

también en el garlito de la superchería. Es tan simpática y atrayente la luna, que dan ganas de conceder todo lo que pidan para ella.

Las estadísticas meteorológicas han venido á desacreditar bastante á la pobre Selene, demostrando que es persona sin carácter, amiga de quedar bien con todo el mundo, como la mayoría de nuestros hombres públicos.

Se demostró con una estadística de veintiocho años que en Alemania el máximo de los días de lluvia se encuentra entre el primer cuarto y luna llena; mientras que en todo el mediodía de Francia, con otra estadística tan respetable como la alemana, se prueba justamente lo contrario, esto es, que el máxi-

mum está entre el último cuarto y la luna nueva. Y así se podría seguir en un continuo balance lunático, demostrando la benevolencia de nuestro satélite para con sus clientes terráqueos.

Aquí, entre nosotros, tiene dos virtudes bien definidas: luna nueva, dicen, hace llover; luna llena, impide la lluvia, disipando las nubes. La segunda virtud es generalmente aceptada en todas partes y tuvo un gran defensor en J. Herschel. Por vía de tanteo ó simple orejeo, he confrontado la estadística referente á las lluvias caídas en Córdoba durante los años 1903 y 1904, con las épocas de luna nueva y llena, usando una tolerancia de un día para la computación del fenómeno en am-



bos casos, y encuentro que en 1903, año muy lluvioso, once conjunciones—luna nueva—han coincidido con lluvia, pero ocho oposiciones—luna llena—también se han efectuado con lluvia. Se acredita, pues la luna nueva y se desprestigia la llena; lo mismo sucede con la gente: hay niños que prometen mucho, y al llegar á grandes resultan un descrédito.

Durante los once meses del corriente año, cinco conjunciones han tenido lugar con lluvia (muy bien), y seis en seco (muy mal), cinco oposiciones con lluvia (muy mal) y seis en seco (muy bien). Vemos, pues, que, en general, la luna procede con una indiferencia abrumadora. Y así es; así se ha conducido y se conduce en todas partes.

La influencia de la luna sobre nuestra atmósfera, es decir las mareas atmosféricas, han sido estudiadas por sabios eminentes, dando un resultado negativo en la práctica, puesto que la oscilación del barómetro en las distintas fases del astro llega apenas á tres y cinco centésimos de milímetro, según Folie y Faye. Este último rechaza toda idea de mareas atmosféricas apreciables.

Me parece que hace muy bien la luna en no meterse en estas pequeneces domésticas; ella, con quien se comprobó nada menos que la ley de atracción universal, la verdad más grande y transcendental de los tiempos modernos; la que con su invisible brazo de espectro arrastra diariamente al mar de los cabellos, con-

tribuyendo así, para un futuro remotísimo, á la paulatina paralización del movimiento de rotación de nuestro globo; la que, al zabullirse en el cono de sombra que la tierra arroja al espacio, ó al taparle la cara al sol, nos brinda un espectáculo grandioso, marcando al mismo tiempo puntos de referencia para precisar las fechas inciertas de la historia; la auxiliar eficaz del marino, del explorador y del geógrafo; en fin, y esto es lo más triste, aunque no vale la pena largarse á llorar: la imagen pavorosa de lo que será la tierra con el andar de los tiempos: una momia gigante en perpétua ronda.

# PESPUNTES

Á Francisco R. del Busto



## PESPUNTES

---

Anteriormente olvidé dar el nombre de nuestro viejito zapatero, tan locuaz y á la vez tan verídico, dos virtudes que suelen andar como perro y gato, aunque muchas veces estos animales resulten un modelo de armonía. Olvidé dar su nombre, decía, pero aún hay tiempo: se llama don Lino. El apellido no hace al caso; todo hombre importante de pueblo chico es conocido únicamente por su nombre de pila, aunque hubiere sido bautizado en medio del

campo, y por lo tanto sin pila: justamente lo contrario de los de fama mundial, á quienes el apellido absorbe el nombre con pila y todo.

Don Lino no ha salido á tomar campo este verano; hace mucho que no se da ese lujo obligatorio de la gente *bien*, si no me equivoco, desde que se instalaron las fábricas de calzado á vapor. Profesa don Lino á dichos establecimientos un sincero y santo horror; pero su conciencia está tranquila, pues sería indigno comparar, siquiera fuera en broma, las medias suelas que echa él á martillo limpio, con las suelas dobles de fábrica, livianas, fofas y descoloridas como esa tajadas de bizcochuelo olvidadas en algún rincón del aparador.

Por lo demás, ya hemos visto que el constante martilleo de toda su vida sobre la plancha lustrosa y sin oreja, no ha embotado el cerebro de nuestro filósofo, ni menos su afición al estudio. Comenta los sucesos sociales y políticos con criterio propio; lee más que cualquier hijo de familia principal, y todos los libros y revistas que le presto me los devuelve limpios, dos cosas fuera de moda entre la gente decente. Además, es hombre sincero, y tan sólidamente honrado como los botines que confecciona. No hay chapas de cartón en su espíritu como en las suelas de hoy.

Piensa con libertad y camina sin anteojeras, otra dos cosas fuera de moda también. Las anteojeras pue-



den ser convenientes en ciertos casos, pero á la larga concluyen por atrofiar la vista, como le sucede á los animales de vida subterránea. En obsequio de Lino pido al lector no repita aquello de que piensa con libertad, si no quiere que se le evapore la clientela; pues ya dijimos que ésta se compone casi en totalidad del elemento femenino, y la traducción de ordenanza de «libre pensador» para el uso doméstico del sexo débil, es esta: pícaro, bandido, potro suelto; y naturalmente, el sexo débil ó debilitado tiene que espantarse de un potro suelto, sin darse cuenta de que quizá son más peligrosos los embozalados: sobre el particular podrían informar los señores caballerizos.

Por mi parte, cultivo gustoso la honrada y humilde amistad de don Lino, y más aún en estos tiempos de decadencia moral en que la gente ha olvidado hasta la ortografía de la palabra carácter, quizá debido á la profusión de diccionarios de la lengua.

Había estado oyendo hablar largo rato de política local, del pasado motín militar y del futuro también, y ya sea porque no entiendo ni jota de estas cosas tan obscuras, ó porque la atmósfera se cargó de miasmas, el hecho es que me sentí abombado como si hubiera descendido á un pozo. Entonces resolví tomar aire y luz, dos artículos libres de impuestos hasta la fecha—sin duda por la dificultad de pegarles la estampilla

—y me dirigí á la casa de dón Lino, situada en las afueras, hacia el Oeste. Indudablemente es una linda casa la de don Lino. Con amplia vista á la sierra, huerta y jardín antiguos; grandes higueras ladeadas y nudosas á fuerza de años, cargadas de higos remaduros, los que semejan mil rostros de negritas risueñas; los perales, desgajándose por el peso de la fruta: esa perita chica, aromática, hoy fuera de moda, honor de las antiguas carbonadas y sueño dorado de las bandadas de cotorras; muchos granados con sus bombas rojas como sangre; y allá, en el fondo de la huerta, á lo largo del cerco vivo de mimbres, la acequia silenciosa abriéndose paso con la suavidad de una

sombra, por entre la yerbamota, los cedrones y las *buenas noches*. En cuanto al jardín, es tan sencillo como la huerta. Nada de crisantemos, ni de orquideas, ni de iniciales entrelazadas: diamelas dobles en tarros de lata oxidada, blancas y rizadas como velloncitos de cordero; claveles y brincos multicolores, rosas manto de oro; mucho nardo, albahaca, en donde uno asiente la mano; penachos luciendo su felpa de terciopelo rojo, y en fin, dos grandes jazmines del país, nevados de flores, cubriendo grandes retazos de cielo. Las selvas y las «tripa de fraile» se han apoderado de la galería del segundo patio—el taller de verano de don Lino,—y si la podadora no interviene discretamente,

muy pronto habrán metido sus guías en las habitaciones.

Una media docena de jaulas de caña—obra manual de don Lino—alineadas en la pared, encierran otros tantos mirlos de pico amarillo como caramelo, y cuerpo más negro que el de un clérigo (vestido se entiende). Estos animales dan unos silbidos muy superiores á los del payo Roqué, baten las alas y zapatean con rabia sobre las ruidosas chapas de lata del piso de las jaulas, hasta que alguna persona comedida de la casa, les coloca á tiro de pico un par de higos de los que ha volteado el viento ó la madurez; entonces cesa el alboroto mientras se atracan desafortadamente con la pulpa dulce y ameleochada de la fruta.

Entiendo que no sólo los mirlos proceden así. Del loro no quiero hablar, porque este animal lo hace admirablemente: es el secretario privado de don Lino, viéndosele al lado de la mesita de trabajo, cómodamente instalado en su gran barrote de latón, el que remata en una flor del mismo metal y una pequeña pirámide de mazamorra fría.

«La Camelia» anunció mi presencia con un ladrido amistoso, arrojándose á mis pies convertida en un blanco ovillo giratorio dentro del que brillaban dos ojitos negros. Por lo general, considero esta manifestación de aprecio canino mucho más sincera que el cordial abrazo de un prójimo.

—Tráele el sillón de cuero—dijo

don Lino á su mujer, al verme llegar.

Misia Braulia se presentó con el sillón y una espléndida rosa.

—Es de la planta que á usted le gusta—dijo,—entregándome la flor.

—Antes de todo ¿qué va á tomar usted?—me preguntó don Lino, haciendo á un lado suelas, hormas y herramientas;—¿menta, poleo, yerbabuena . . . ?

—Lo de siempre.

—Perfectamente: ¡poleo con azúcar quemada y bombilla de paja, Braulia!

—Supongo no querrá usted que entremos?

—¡Ni se le ocurra, don Lino! Aquí en pleno patio, confundido, disuelto en la naturaleza.

—Cuando joven como usted, yo también solía amar á la naturaleza —dijo don Lino, mientras frotaba los lentes con la blusa, entre distraído y pensativo, — pero después, poco á poco, con el rodar de los años y el estudio á tirones, llegué á convencerme de que eso era una ridiculez: á la naturaleza se la puede y debe admirar friamente, sin entusiasmo, sin sensiblerías . . .

—¿Admirar sin entusiasmo, dice usted don Lino? Me parece que hay alguna contradicción en los términos.

—Lo repito: admirar sin entusiasmo; justamente esa es la dificultad: sin entusiasmarse, pero, eso sí, con interés, con profunda curiosidad. Mientras usted no haya llegado á



esa manera de ver, podrá ser un distinguido poeta sentimental, pero nunca un hombre.

—Al verlo á usted, don Lino, tan pensador en medio de sus hormas y botines, se me figura Spinoza ó Espinoza,—de varias maneras se escribe,—el gran filósofo solitario, encerrado en su desmantelada habitación envuelta en brumas, puliendo lentes para ganarse la vida, y meditando siempre, para conquistar la inmortalidad.

—Esa es una comparación inaceptable; declino tanto honor.

Guardando distancias . . .

—De ninguna manera.

—Bueno, prosiga, don Lino.

—En todos los tiempos se ha lamentado el hombre de las injusti-

cias de la naturaleza, pero difícilmente ha llegado á convencerse de la inutilidad de sus lamentos. Lo único capaz de poner las cosas en su lugar é ir libertando al hombre de las crueldades de la naturaleza, es la ciencia moderna; libre de prejuicios y sentimentalismos, basándose en los hechos, en la experimentación y en la lógica, siempre dispuesta á corregir ó modificar lo que acaba de dar por verdadero, muy distinta por consiguiente de la antigua ciencia, dígase lo que se quiera.

Lo que hablábamos el otro día ¿recuerda? Nuestra querida madre la naturaleza, hasta hace poco, se entretenía en matar, así al pasar, á millares de niños, ahogándolos por un sistema especial no paten-

tado: la difteria. Con tan plausible motivo derramábanse en el mundo algunos metros cúbicos de lágrimas, y el infortunio batía sus alas de murciélago sobre miles de hogares.

Perfectamente; nuestra querida madre seguía en su inocente diversión, hasta que se presenta Roux en nombre de la ciencia moderna y le dice: «Idolatrada madre: siento muchísimo participaros que desde hoy en adelante, tres de tus hijos: Kitasato, japonés, raza inferior, dicho sea de paso, Berhing, y yo, hemos resuelto impedir que sigas matando niños con ese torniquete de la difteria». Nuestra madre se encoge de hombros, sin duda, porque todo sigue como antes: los pájaros cantan y

vuelan lo mismo que siempre; el cielo, el mar, las montañas, la llanura, lo mismo que siempre: la única diferencia es que ya no se mueren los niños de difteria. La ciencia ha obtenido un triunfo más sobre la naturaleza, la humanidad cuenta con un dolor menos. . . y las madres de familia no conocen ni siquiera el nombre de los salvadores de sus hijos.

—Pero en cambio todas conocemos mejor que tú al abogado de las pestes, á San Roque—dijo misia Braulia, entregándome una aromática taza de poleo.—¿Qué ahora ya los niños no se mueren de difteria?—prosiguió la señora.—¡Vean qué cuento! Eso quiere decir simplemente que San Roque ha moderado la peste.

—¿Por indicación de Roux?... .

—¡Porque se le dió la gana!

—Y entónces ¿porqué no la moderó antes que se nos murieran Florita y Carmen?

—¿Cómo dices? Pero porqué... .

—misia Braulia llevó el pañuelo á los ojos y se retiró.

—Ahí tiene usted cómo concluye la lógica femenina—replicó don Lino, sacando un cigarrillo.

—Hablemos de política, don Lino; los temas abundan. Vamos á ver, ¿qué opina usted de este argumento antiquintanista, usado y barajado con suavidad y tino por los quintanistas de origen granítico? Dicen en son de lamento, que la mayor prueba de la impopularidad del presidente es la falta de gente en la

Casa Roñada; « ¡aquello es un desierto, un cementerio!, ¡qué lastimã! », y ponen caras de dolientes de alquiler.

—¿Y usted, habiendo sido estanciero, no cae en la cuenta?—dijo don Lino, sonriendo. ¿No se ha fijado entonces que á todo establecimiento en donde se carnea á diario siempre acude mucha gente ociosa y mucho perro suelto, al *amor* de los trozos de carne olvidados y de los desperdicios?

—Su alusión, don Lino, es algo parabólica. . .

—Sin embargo, es más sencilla que cualquiera de las bíblicas.

—Las charadas me aterran, don Lino, aunque sean bíblicas.

—¡Cállese, no se le vaya á venir al humo la Braulia!

—Ché; no soy tan mal criada— replicó la señora, que había estado carpiendo la tierra de los brincos disciplinado.

—Bueno—dijo don Lino,—por lo pronto, lo más interesante de observar es el cambio de pelecha política de la gente. Aunque la estación no es propicia, la cosa marcha.

—Quizá el ambiente húmedo favorezca algo el proceso. . .

—Indudablemente.

—Usted habrá visto sin duda muchas veces en la primavera, iguanas y lagartos con la mitad del cuerpo reluciente, como esmaltado, y la otra opaca y desteñida; es decir, en la época de la pelecha. Algunas veces suelen andar como embolsados en el pellejo viejo semides-

prendido, pero por las desgarraduras, se les ve brillar la nueva piel flamante.

—Es verdad; y en esa época los animales se vuelven algo ariscos, como si se avergonzaran de ser vistos, y al meterse en las cuevas ú ocultarse entre los resquicios de las piedras, suele oirse un ruido como de papel de seda estrujado.

—Cabal. Pero luego no más, en cuanto calienta el sol, pierden ese pudor pasajero, ese temor infundado, y se dedican de nuevo á sus faenas cotidianas.

—Las víboras también pelechan en ese tiempo, ¿y se ha fijado usted, que al verlas tan relucientes y bonitas, dan ganas de considerarlas menos peligrosas?



—Así es; pero ya sabe usted que á la naturaleza no siempre se le debe llevar el apunte.

—También he observado casos de pelechamiento fulminante, ó si usted quiere, galopante; iguanones viejos, de cachetes caídos y papada con más repliegues que un acordeón, los he visto cambiar de indumentaria con más limpieza que Fregoli.

—¡Que barbaridad! y de nuestra política local ¿qué piensa usted?

—Hay un gran atortillamiento. Sin embargo, creo que cualquier día presenciaremos un espectáculo parecido á los que suelen verse en los patios sombríos y estrechos de los conventillos, en donde todos los inquilinos lavan tranquilamente sus ropas, extendiéndolas después en

sogas anudadas y entrelazadas, sin que por esto haya confusión en la propiedad. Pero sopla de pronto un vendaval ó remolino indiscreto, y entonces se arma el gran alboroto de la semana. Crujen las piolas podridas; las camisetas agitan desesperadamente sus brazos tronchados; se convierten en globos las enaguas; los calzones aprovechan la ocasión para remontarse á gran altura; vuelan los pañuelos en bandada, las medias se arrinconan remolineando, mientras van llegando las mujeres, despavoridas, con cara de cabras asustadas, gritando y recogiendo á manotadas las piezas de ropa. Aúllan, se insultan y se aran, mientras deslindan á tirones sus prendas, las de sus maridos y

sus chicos, sin perder por eso de vista un cambio provechoso, amparado por el entrevero. Mas, al fin, cesa el viento, vuelve la calma y las mujeres de la casa concluyen todas por besarse y tomar juntas el mate cocido.

—Esta vez nos acompañará á comer—me dijo misia Braulia, amablemente.

—Señora, perdone; su esposo tiene la culpa; oyéndolo se me ha pasado la hora.

Eran más de las siete. El crepúsculo había invadido como siempre, sin hacerse sentir, envolviéndolo todo con su tinte indefinido y lánguido. Un leve rumor, largo y sostenido, llegaba hasta nosotros del lado de la ciudad. Hacia el Oeste,

---

en las lejanías, destacábanse las sierras como grandes incrustaciones azules sobre un fondo rosa pálido. Por sobre sus conos puntiagudos y truncados, suspendido en el espacio, como una enorme gota de agua iluminada, estaba Venus. El jardín de don Lino comenzaba á vivir. Los nardos daban la nota más intensa en el mudo concierto del perfume.

El cielo se despertaba soñoliento, quizá aburrido, abriendo acá y allá sus más grandes pupilas. Se escuchaba el sentimental avemaría de las ranas.

La oración, en plena naturaleza, me hace imaginar una serie de grandes y suaves acordes en modo menor, dados por mil arpas invisibles, que fueran extendiéndose más y más,

pero disminuyendo su intensidad y *rallentando*, hasta desvanecerse por completo en el inmenso mar del silencio . . .

—Este ramo de jazmines para su niñita—me dijo la nieta de don Lino, apareciendo como una gran flor de la noche.

—¿Le has puesto diamelas, mi hijita?

—Sí, van algunas, tatita.

—Bueno, vuelva pronto—dijo don Lino:—tenemos mucho que hablar.

«La Camelia» dió un ladrido y un lengüetazo al aire, y galopó con coquetería hacia la puerta; quizá me decía: «Siento mucho que se vaya . . . pero se nos reseca el asado.»

# ALGO SIN VALOR

Al Dr. Osvaldo Magnasco



## ALGO SIN VALOR

---

Tengo en mi poder—como aficionado que soy á las cosas de arriba—el hermoso Atlas de la Uranometría Argentina, obra clásica y de renombre mundial, editada hoy nuevamente en formato reducido por orden del ministro de instrucción pública, doctor González, y bajo la competente dirección del Dr. J. M. Thome, para la enseñanza práctica de nuestro cielo en los colegios nacionales y escuelas normales de la república. Esta obra célebre, y que,



por lo menos, de rebote nos honra también á nosotros— aunque en tiempo de Gould ni el cocinero del observatorio era argentino— está acompañada de un interesante proemio del actual director del dicho establecimiento, Dr. Thome, uno de los colaboradores más eficaces y perseverantes que tuvo Gould en el grandioso trabajo que lo ha inmortalizado.

En cuanto á una cooperación realmente activa de nuestra parte en la empresa celeste de Gould, recuerdo tan sólo la de un caballo criollo que, según cuentan, golpeó y pataleó lo mejor que pudo á uno de los jóvenes astrónomos ayudantes del sabio americano, quitándole así para siempre el gusto por el cielo aus-

tral. Es esa, sin duda, una contribución algo pobre, ó si se quiere, primitiva; pero si consideramos la gran importancia que hoy en día va tomando el arte de patalear, gracias á los ingleses—foot-ball—podríamos tranquilizarnos bastante. Pues ¿quién sería capaz de asegurar que aquel noble animal no hubiera obtenido en nuestros tiempos un primer premio en cualquier concurso de pataleo internacional ó interprovincial, cubriéndonos de gloria y de respeto? Pero no ha sido mi propósito el ocuparme aquí de esos sports tan finos y elegantes, síntoma, según Spencer, de un retorno á la barbarie, sino tratar de probar que con los Atlas de la Uranometría Argentina no se puede enseñar

á conocer todo nuestro cielo, como es el propósito muy laudable del ministro González, sino una parte de él tan sólo. Y no se puede, porque la obra en cuestión no abarca más que cien grados ( $100^\circ$ ) de la bóveda celeste, á contar desde el polo sur, hasta diez grados ( $10^\circ$ ), de declinación norte; es decir, todo el cielo austral—único propósito de Gould—y una pequeña faja de diez grados del cielo boreal. Pero nuestro cielo, el cielo argentino, es muchísimo más que eso. Tomando el promedio de las latitudes de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Entre Rios, San Luis, San Juan, Mendoza... que es treinta y dos grados sur ( $-32^\circ$ ), vemos que nuestro cielo se compone de todo el austral, naturalmen-

te, más una zona inmensa de cincuenta y ocho grados ( $58^{\circ}$ ) del cielo boreal.

Es decir, que durante el transcurso del año, podemos ver más de las tres cuartas partes del cielo entero. Pero el Atlas, dijimos, concluye á los diez grados ( $10^{\circ}$ ) boreal; luego queda en blanco una zona de cuarenta y ocho grados ( $48^{\circ}$ ) término medio; es decir, más de la cuarta parte de nuestro cielo visible! Naturalmente, para la región norte de la república, como Catamarca, Salta, Jujuy... la pérdida es aún mayor—¡la tercera parte de su cielo! —por ser menor su latitud.

Si quisiéramos darnos exacta cuenta de lo dicho, bastaría recordar algo muy elemental: lo que se llama

esfera celesta paralela, recta, y obliqua; términos correspondientes á las tres únicas posiciones que un observador puede ocupar sobre la tierra. Colocado en uno de los polos, tendrá la esfera paralela; sobre el ecuador, la esfera recta, y la esfera obliqua; si se encontrara entre el ecuador y el polo. En el primer caso, es decir, desde el polo, dominará justamente un hemisferio celeste, medio cielo; puesta en esa situación, el horizonte coincide con el plano del ecuador celeste. Colocado sobre el ecuador, la mirada abarcará íntegros ambos hemisferios celestes, porque en ese caso, los dos polos descansan justamente sobre el horizonte. Ahora, desde un punto situado entre el ecuador y un polo, co-

mo la República Argentina, ¿qué porción de cielo se dominará? Recordando que la latitud de un lugar es igual á la altura del polo celeste sobre el horizonte, y tomando la latitud media de  $-32^{\circ}$  á que nos hemos referido, tendríamos que el polo austral celeste encuéntrase á  $32^{\circ}$  arriba de nuestro horizonte sur, y por lo tanto, el polo boreal celeste estará perpétuamente oculto ese mismo número de grados debajo de nuestro horizonte norte. De lo que se deduce, que la parte invisible para nosotros del cielo boreal, es únicamente la de un casquete de  $32^{\circ}$  á contar desde el polo norte; ó dicho de otro modo: nuestra mirada en el cielo boreal, llegará hasta los cincuenta y

ocho grados ( $58^{\circ}$ ) de declinación. Luego, el término medio de la bóveda celeste argentina se compondrá de todo el cielo austral, más una enorme zona de  $58^{\circ}$  del cielo boreal. Restando á esta zona los diez grados á que llegan los atlas de la Uranometría, nos quedan  $48^{\circ}$ . Para Buenos Aires, esa zona sería de  $45^{\circ}$ , para Córdoba de  $48^{\circ}$  ó generalizando el caso: la zona boreal dejada en blanco, será igual al complemento de la latitud del lugar ( $90^{\circ} - Lt.$ ) disminuido de esos diez grados de los atlas. En la práctica deben descontarse unos cinco grados más por la densidad de la atmósfera en el horizonte.

Ahora veamos cuales son las constelaciones situadas sobre esa faja de

48° de ancho que el estudiante argentino habrá contemplado desde niño y á las que oficialmente se les hace la guerra del silencio.

¡Pero si ellas son las célebres constelaciones de los pueblos antiguos; las brillantes protagonistas de los dramas mitológicos, las niñas mimadas de la poesía clásica, los puntos de referencia de la vieja astronomía, y las mejor estudiadas hasta hoy por la ciencia moderna!

Sobre esa ancha faja bordada de diamantes, démosle al cielo una vuelta en automóvil, y contemos de paso las constelaciones que rielan á nuestra vista sobre el horizonte norte, como quien enumera las ricas joyerías de una lujosa avenida.

A mediados de Octubre, de nueve



á diez de la noche, á gran altura, va pasando la constelación del Pegaso con su enorme cuadrilátero extendido sobre el meridiano; unos grados más bajo marcha la constelación de Andrómeda que ha cedido al Pegaso su estrella *alfa* para formar el cuadrilátero; estrella, esa, muy interesante por encontrarse casi justamente sobre el círculo horario tomado como punto de origen para la hora sideral, lo único decente en materia de «tiempo», dicho sea de paso. Lleva también Andrómeda su histórica nebulosa elíptica y su preciosa estrella doble *gamma*: una esmeralda y un topacio. A mediados de Noviembre y principio de diciembre, de 10 á 11, á gran altura también, El Triángulo, El Car-

nero, y algo más abajo, El Perseo, célebres estas dos últimas.

A mediados de Diciembre y Enero, en las primeras horas de la noche, la esplendorosa constelación del Toro fulgura á cuarenta y tantos grados sobre el horizonte. ¿Y cuál es el lector que no reconoce allí por lo menos á las Pléyades famosas, ese fino ramillete de violetas blancas arrojado en las profundidades del cielo?. Homero, Virgilio y Ovidio se han deleitado en ellas: «Mientras su faz las Pléyades no oculten, y de Ariadna la corona, no hubieres vistos que su ardor desmaya» . . . (Virgilio).

Para todo el mundo son «las siete cabrillas», aunque respecto al número ya observó Ovidio: *Quoe septem dici, sex tamen esse solent.*

¿Y quién no tiene un grato recuerdo ligado á ellas?

Su risueña y tímida presencia en el cielo de primavera, después de media noche, nos recordaba la proximidad de las vacaciones, es decir, las montañas azules, los arroyos cristalinos, las huertas olorosas, los montes dorados de algarroba, las cotorras, las chicharras, y esas noches graves, solemnes, con sus millares de tucos y luciérnagas, vagando sin rumbo cual una misteriosa procesión de espíritus.

En las altas especulaciones de la astronomía moderna, desempeñan las Pléyades un papel importantísimo.

Más arriba, á la derecha de éstas, á buena distancia, van las Hyadas, ese precioso compás de brillantes con un lindo rubí clavado en el extre-

---

mo de uno de sus brazos, Aldebarán, la estrella primaria del Toro. Nada de esto puede conocer el estudiante argentino... Pero sigamos viendo lo que no quieren que veamos.

En Enero y Febrero, tenemos á las espléndidas constelaciones de El Cochero y Los Gemelos, la primera, con su hermosísima estrella Capella y la otra con sus celebradas Castor y Pólux. En Febrero y Marzo, El Cangrejo llevando su precioso cúmulo estelar, El Pesebre.

En Marzo y Abril la constelación de El León. Régulus, su estrella primaria, mentadísima en la historia de la astronomía antigua. De Régulus se sirvieron los sabios caldeos y babilonios para confeccionar sus

calendarios. Hiparco, gracias á ella y á Espiga, descubrió uno de los fenómenos más transcendentales de la astronomía: la precesión del equinoccio. En nuestro tiempo sirve para la determinación de longitudes geográficas; por ser una estrella frecuentemente ocultada por la luna, debido á su posición sobre la eclíptica. Vale entonces la pena de conocerla.

Con una declinación mayor, pasa al mismo tiempo la constelación del León Pequeño.

En Mayo, tenemos sobre el meridiano, á las 10 de la noche á la Cabellera de Berenice y Los Lebreros. Entre Mayo y Junio, se encuentra á gran altura la espléndida constelación de El Boyero, con la céle-

bré y preciosa estrella Arcturo, y un variado surtido de estrellas dobles. «Mas si el campo no es fértil, por encima, dadle una reja al asomar de Arcturo». (Virgilio).

En Junio la Corona Boreal y una parte del Serpentario. En Julio, la renombrada constelación de Hércules, punto hacia el que se dirige nuestro sistema, y asiento de un célebre cúmulo.

A principios de Agosto, sobre el meridiano, á las diez, la Lira, luciendo su estrella primaria Vega, algo hermosísimo, y la renombrada nebulosa anular telescópica. En seguida pasa la constelación de El Cisne, no menos célebre. Culminan también al mismo tiempo, La Flecha, El Delfin y el Zorro.

Bueno, pues, nada de lo nombrado hasta aquí puede ser oficialmente conocido por el estudiante argentino. Sin embargo, al leer en los atlas de la Uranometría los nombres de Pegaso, Toro, Cangrejo, León y Hércules, podría creerse que están comprendidas allí esas cinco constelaciones; sin embargo, no es así: esos nombres indican el origen de unas cuantas estrellitas de magnitud insignificantes que han sido atrapadas por la zona límite y que carecen absolutamente de valor para la descripción del cielo.

Son, pues, veinte constelaciones y parte de otras las declaradas cesantes en el servicio gratuito de nuestra bóveda estrellada, aunque podríamos decir, parodiando á Galileo:

*eppur si vedono*, y sin embargo se ven.

Gracias á la posición de la Argentina, desfilan ante nuestra vista, durante el año, todas las estrellas de primera magnitud del cielo entero, puesto que ninguna de ellas tiene una declinación mayor de cincuenta grados norte. Esas estrellas son veinte, por todas, pero el estudiante argentino no podrá conocer más que quince: Capella, Vega de la Lira, Régulus, Arcturo, y Aldebarán, pasan de incógnitas ante sus ojos.

En fin, no se me ha ocurrido pensar que estas cosas pudieran conmover en lo más mínimo el alma gelatinosa de un comerciante en sebo derretido, ni la de tanto ilustre cananeo, pero sí creo que serán to-



madras en cuenta por los espíritus cultos.

Ahora pregunto ¿á qué se debe esta deficiencia realmente transcendental en el programa ó proyecto de enseñanza práctica de nuestro cielo? Una de dos: ó el ministro le ha pedido al Dr. Thome la carta del cielo austral, ó le ha encargado hacer un trabajo barato. En el primer caso, el distinguido director del observatorio ha cumplido de la manera más satisfactoria, entregando los atlas de la Uranometría; en el segundo, habría procedido como Vélez Sarsfield para con un cliente muy tacaño é incómodo:— «Necesito, doctor Vélez, un escrito sobre tal punto, pero un trabajito sencillo, que no pase de cuarenta pesos.» — «Muy

bien, vuelva mañana á firmarlo» contestó nuestro codificador. Volvió el cliente, y el doctor Vélez comenzó á leerle su escrito; pero cuando recién iba entrando en materia, se concluyó el trabajo.— «Mire, doctor, que debe haber salteado algunas fojas . . . » — «No, mi amigo; es que hasta aquí no más alcanzan los cuarenta pesos», contestó el viejo bromista.

Para concluir, es bueno recordar que el fin primordial de Gould, al llevar á cabo su grandioso trabajo, fué estudiar y hacer conocer la parte del cielo austral invisible desde el otro hemisferio, completando así la obra similar de su eminente maestro Argelander, ejecutada desde Alemania, y después ampliada por Heis.

Así que Gould no tenía para qué ocuparse de la parte del cielo que ha motivado estas líneas, porque está comprendida en las cartas europeas; pero no está en las nuestras, en las que se usarán para la enseñanza. En rigor, Gould no necesitó llegar hasta los 10 grados de declinación norte, puesto que desde el centro de Europa donde operó Argelander y Heis, se domina bien hasta los treinta grados de declinación austral; es decir, que pueden ver las estrellas que pasan por nuestro cénit, aunque teóricamente la mirada llegaría hasta los cuarenta grados de declinación austral.

Noviembre de 1905.

---

# LA BANCARROTA DE LA CIENCIA

Al Ing. F. Alvarez Sarmiento



## LA BANCARROTA DE LA CIENCIA

---

De nos illusions se fait la vérité.

*Guyau.*

Leí no ha mucho en un importante diario nuestro, la transcripción de algunos fragmentos de un brillante artículo sobre la bancarrota de la ciencia. «Verán nuestros lectores—decía el diario—cómo han sido recibidas las conclusiones del gran Brunetiére por uno de los primeros pensadores argentinos».

Bien, pues; yo que alguna vez tuve la satisfacción de ser embestido cordialmente por haber intentado

probar en «Modos de Ver» qué no había tal ciencia en quiebra y si, muchos espíritus quebrados, y que Mr. Brunetiére quizá podría estar viendo al revés como cualquier enfermo de retrograditis crónica, recorrí con atención esas líneas é hice mis observaciones del momento.

En primer lugar, me dije, ese pensador argentino no puede ser el autor de este artículo; lo conozco y sé cómo él piensa. Efectivamente, después supe que estaba en lo cierto.

No creo tampoco en la extraordinaria magnitud de Mr. Brunetiére. Si no me equivoco, se trata de un hombre pequeño, como todo hombre importante, de talento reconocido y muy bien rentado por quienes necesitan de su pluma. Entonces al-

guien dirá, Mr. Brunetiére no puede ver al revés. Así será; pero recuerdo el caso del ilustre profesor Klugel, autor de un notable tratado de óptica, quien, para examinar un cuerpo lejano en presencia de varios sabios, se obstinaba en mirar por el objetivo del antejo, lo cual, como todos saben, implica alejar, ya que no invertir, aunque otra era la causa del error de Klugel.

Esto de defender la ciencia es tarea fácil y á la vez inútil. Fácil, porque para ello basta el sentido común libre de prejuicios y de vacunas preventivas; inútil, porque la ciencia misma se encarga de hacerlo. Ella vence á sus enemigos de una manera original; no con insultos ni diatribas; al contrario, colmándolos



de beneficios, dándoles armas para luchar contra la brutalidad de la naturaleza, abriéndoles nuevos horizontes, nuevas perspectivas, poniéndolo en condiciones de desenvolver libremente todas sus facultades superiores. Podríamos decir que la ciencia trata á sus enemigos de acuerdo con aquel consejo árabe tan delicado y hermoso: «sé como el sándalo, que perfuma hasta el hacha que lo hiere».

¿Pero realmente la ciencia puede tener enemigos? La sola pregunta avergüenza. Quizá no son enemigos los que tiene, sino gente á quien no conviene la luz que ella irradia. Muchas veces hasta el resplandor de un fósforo resulta inoportuno. Paso por alto á los nulos, porque siendo

incapaces de comprenderla, no pueden amarla ni odiarla; cuando más, podrán rebuznarle al recibir su ración cotidiana.

Creo que no puede haber ciencia atea, ni creyente, ni materialista, etc.; aunque haya sabios con todos esos rótulos. No se debe confundir el contenido con el continente. La ciencia moderna investiga friamente, sin premeditación alguna, con sinceridad absoluta, sin una pizca de ideas preconcebidas; busca la verdad tan sólo, salga lo que salga. ¿Descubre una ley? La formula, la generaliza si puede, y apoyándose en ella da un paso más hacia la región de lo desconocido, trazando así su espiral de debil luz en la inmensa bóveda del misterio. Luz de-

bil, es cierto, pero la única con que contamos.

Goethe al ser interrogado acerca de sus creencias, contestó: «como poeta, soy politeísta; como naturalista, soy panteísta; como ser moral, deísta, y tengo necesidad de todas estas formas para expresar mis ideas». Si personificáramos á la ciencia, y la obligáramos á contestar esa misma pregunta, quizá su respuesta fuera parecida á la de Goethe, aunque mil veces más amplia.

Los sabios, los estudiosos, podrán ser ateos, materialistas, creyentes, espiritualistas ó cualquier otra cosa; pero la ciencia no; ella no se compromete con ninguno; enseña á investigar, dejando en completa libertad al espíritu.

Ahora tomemos algunos párrafos de la transcripción á que nos hemos referido: «Por definición, la ciencia es contradictoria. Sin cesar se desmiente, se corrige, se niega. Cada día el universo misterioso ofrece un aspecto nuevo á su sorpresa constante. En ese siglo XIX, que fué la época de su imperio universal ¿no ha sido por turno, materialista, espiritualista, positivista, idealista? Cada año trae un suceso inesperado que arrasa el edificio naciente de las hipótesis. Cada experiencia contradice las experiencias anteriores. Dios ha confundido las lenguas de estos reconstructores de Babel».

Pues bien; en estas líneas se ha hecho, sin querer, el mayor elogio de la ciencia. Efectivamente, lo que

no cambia, lo que no varía, lo que no marcha, lo que no se transforma, es lo antiprogresivo, lo petrificado, lo que no tiene órbita.

La ciencia no se desmiente, se corrige, eso sí, y constantemente; pero corregirse es perfeccionarse, es depurarse, elevarse, es ser mejor que ayer, mañana que hoy, siempre mejor. Allí está el secreto de la perfecta juventud y belleza de la ciencia. Esos sucesos inesperados de cada año, no «arrasan» el edificio de las hipótesis nacientes: lo modifican, cambian en parte su orientación; hay más bien permutación de nombres que de valores. Y si algunos caen realmente, otros menos imperfectos los substituyen. Después, desde el punto de vista utilitario, esos cambios

no menoscaban en lo más mínimo los beneficios que la ciencia nos proporciona. Si mañana sufriera un derrumbamiento la teoría de la electricidad, no por eso se apagarían los focos ni se pararía los motores eléctricos. No volveríamos á la vela de sebo ni á la carreta; la variante se notaría en los nuevos textos de física; se modificarían las fisonomía de algunas fórmulas, substituyendo, supongamos, una multiplicación por una elevación á potencia, una división por una extracción de raíz. Nadie sufriría, con esto, tanto, que si el mismo gran Brunetiére, á fuerza de aplaudir el derrumbamiento de la teoría de la electricidad, enfermara gravemente, y solicitara desde París la bendición pontificia,

podría estar seguro de recibirla como un hondazo en menos tiempo que canta un gallo, porque el telégrafo seguirá funcionando no obstante el derrumbamiento.

No se debe hablar mal de los muertos, y menos de los muertos ilustres: el siglo XIX ha sido un gran siglo. Por lo pronto resulta que vió y sintió como Goethe, lo cual es una recomendación muy honrosa.

Pero prosigamos. Refiriéndose al siglo XIX, dice el articulista: «Saludóse el principio de una era nueva, el comienzo del reino del hombre. Todas las ciencias parciales parecían integrarse para la revelación de la verdad suprema. La biología daba la clave del misterio vital. La astronomía manifestaba el ritmo de

la mecánica celeste. La química abría el panorama del mundo inorgánico. La hipótesis del evolucionismo explicaba el enigma único del mundo, vulgarizaba el secreto formidable de la creación del cosmos, de la sucesión de las formas».

«... Las promesas de la serpiente edénica se cumplían. Éramos como dioses. ¿Qué ha quedado de todo ese delirio? Ni una sola de las incógnitas se ha transmutado en cifra cognoscible para el espíritu atónito ante las ecuaciones. Nuestros telescopios nos enseñan por la inducción de la luz espectral los elementos que se amalgamaron para condensar las estrellas. Pero no nos dicen en virtud de qué voluntad esos astros que creíamos fijos en el cielo cón-



cavo circulan . . . El microscopio nos muestra el país populoso de los invisibles, pero no sabe cómo el infusorio aparece . . . »

«¿Qué ha quedado de todo esto?»

Caramba! ¡La pregunta asombra, en verdad!

Felizmente, todo lector sano de espíritu habrá contestado con una sonrisa. La respuesta podríamos sintetizarla en estas seis palabras: ha quedado dignificado el espíritu humano. Han quedado establecidos los grandes y fecundos métodos de investigación. Hánse abierto puertas hacia todos los rumbos del horizonte, por donde penetran luces nuevas, dilatadas perspectivas, realidades hermosas, ilusiones sublimes, y el soplo helado y tonificante del in-

finito. Cuanto á lo material, puede responder la física aplicada, la química, la fisiología experimental, la cirugía, la bacteriología, la mecánica . . . en fin, pueden responder los Helmholtz, los Claudio Bernard, los Pasteur, los Berthelot y sus discípulos ilustres, honor de la humanidad.

La ciencia más inútil según los ciegos, la astronomía, ¿qué ha dejado? ¡Oh! eso sería irnos muy lejos, hasta más allá de las estrellas quizá, y no todos se animan á perder de vista nuestra común guarida.

Bajo la faz filosófica, la astronomía, al reducir á un punto matemático, no digo á la Tierra, sino á nuestro sistema entero, es decir, á una circunsferencia trazada con un

radio de cuatro mil millones de kilómetros, haciendo centro en el sol, y al fijar la dirección y velocidad de su marcha misteriosa, con sólo esto, digo, ha magnificado el pensamiento humano. Pero todos sabemos cuánto más ha hecho. Ha legislado para el presente y el futuro más remoto los movimientos y posiciones relativos de los planetas y satélites de nuestro sistema, poniendo en claro su complicado engranaje, gracias á los progresos del análisis matemático sobre el clásico problema de «los tres cuerpos», inabordable para Newton. Por el estudio de algunos sistemas binarios estelares—estrellas dobles—ha comprobado la universalidad absoluta de las leyes de Képler y de Newton, algo

que conmueve hondamente el espíritu cuando se le medita con detenimiento.

El análisis espectral, evidenciando la identidad de la materia que compone los universos, proclama la fraternidad en los cielos. Quizá podríamos decir que es la idea de Cristo generalizada y dilatada hasta las estrellas. Por último, las nuevas aplicaciones del espectroscopio para determinar la velocidad radial de ciertos astros, el sentido de rotación de algunos planetas y satélites, el desdoble de ciertos sistemas que el telescopio no podía resolver, y la aclaración casi total del enigma de las estrellas variables, es algo maravilloso.

Un eminente geómetra francés,

analista profundo, y por lo tanto filósofo, hablando de la armonía interna del universo, dice que su mejor expresión es la Ley. «La Ley— agrega— es una de las más recientes conquistas del espíritu humano; y todavía hay pueblos que viven en un milagro perpetuo sin sorprenderse. Esta conquista de la Ley se la debemos á la Astronomía, y esto es lo que hace la grandeza de esta ciencia, aún más todavía que el tamaño material de los objetos que ella considera».

Vemos, pues, así á la ligera, que la astronomía moderna va dejando cualquier cosa, aunque no sea dinero ni alimento. Mas por esto mismo muchos proceden respeto á ella como aquel beduino que, al encon-

trar en el desierto una bolsa de perlas, la arrojó muy lejos cuando se hubo cerciorado de que no eran arvejas. Los extremos se tocan. A mi ver, el error de los desilusionados en general, consiste en arrojar la bolsa de perlas, las conquistas de la ciencia moderna, porque no contiene la verdad absoluta, la clave del misterio total. Por eso exclaman: «la astronomía hace tal y cual cosa; pero no nos dice en virtud de qué voluntad esos astros que creíamos fijos, circulan...» etc.

Es cierto, no lo dice, y probablemente nadie lo dirá jamás, porque la verdad absoluta no es del resorte del cerebro humano, no cabe en él; la ciencia ha sido la primera en reconocerlo. Pero si no señala

esa voluntad, nos aproxima á ella cada día. No debiéramos confundir la ciencia chata y mercantil norteamericana con la verdadera ciencia, cuya característica primordial es justamente el desinterés, el goce interior, espiritual; la ciencia por la ciencia misma.

Se ha dicho que el americanismo matará la ciencia y el arte. Puede ser; pero la matará dentro de su casa, no en el mundo. No veo la dificultad que habría en concebir un término medio entre esa ciencia ordinaria, pero útil, y la elevada y verdadera.

Aquellos espíritus demasiado sensibles, los que no pueden soportar mucho tiempo la mirada penetrante y fría del gran enigma, encontrarán

lo que buscan fuera de la ciencia, en las páginas de los libros sagrados de las tres ó cuatro grandes religiones con que cuenta la humanidad. Allí está explicado todo, detalladamente, con puntos y comas, y en una forma agradable. Por lo demás, no es necesario preparación alguna; al contrario, conviene ir desnudo de ideas. Allí se hallan «transmutadas en cifras cognoscibles las ecuaciones que dejan atónito al espíritu». Desde esas alturas compadecerán sin duda á sus hermanos menos felices que se sacrifican aquí abajo investigando libremente en obsequio del espíritu humano.

No; no ataquemos á la ciencia: al contrario, defendámosla cada uno según nuestras fuerzas, porque en



la verdad se encierra la justicia, la moral y la belleza.

Abril de 1906.

---

# CHARLA DE DON LINO

**À José Diaz Rodriguez**



## CHARLA DE DON LINO

---

Siempre lo visito y nunca me aburre. En el verano, su charla adquiere la agilidad de esas golondrinas juguetonas que solemos ver rasando el suelo con sus cabecitas chatas y triangulares como flechas, y que de golpe se remontan por la vertical, dándole al cielo una estocada, hasta que extinguido el impulso, allá en las alturas transparentes, se dejan caer con abandono, para levantarse de nuevo y tajear sin descanso el horizonte azul con sus alas negras.

Lo que sí, es muy difícil retener las ideas y los giros de don Lino, como lo es también el seguir las curvas trazadas por las golondrinas.

Lo encontré alegre y locuaz en medio de sus rosas, sus diamelas dobles, granaditos en flor, higueras y mirlos; es decir, gozando en su jardín y huerta que ya conoce el lector.

—Al fin llegó el calor, don Lino, lo felicito—le dije.

—¡Así es, amigo! — replicó, alargándome la mano cordialmente, y ahuecando la voz con gesto cómico:—yo me transformo desde el momento en que Helios llega á golpear con su diapasón térmico la gran baranda fundamental de los cielos, dándonos el *la* normal de la vida,

---

aun no modificado por ninguna comisión oficial técnica. Entonces hasta las mismas piedras intentan dar su nota, no digo los animales, y uno que no es piedra, ni alcanza á ser animal — aunque quizás opinen lo contrario los profesores en la materia — debe experimentar algo, naturalmente.

No había duda: el hombre estaba en vena y era menester darle la vía libre.

—Y es claro — prosiguió — cada cual se manifiesta como puede: unos cantan, otros rebuznan, los más contraen matrimonio, y á mí me da por hablar. Eso del casamiento, aquí en nuestro pueblo doctísimo y piadoso, comienza á manifestarse con caracteres alarmantes. ¿No ve

usted que aquí la gente se casa por el motivo más fútil, por un quítame esas pajas? Es verdad que poco se necesita para afrontar el nuevo estado y sus corolarios: basta un flamante diploma de doctor adquirido en la casa de acuñación de Trejo y Sanabria, ó en su defecto, un puestito de 90 pesos, menos el 5 % de descuento para la caja de ahorros ó tonel de las Danaides.

El diploma de doctor y el sueldo fijo, son la espada y la cruz con que nuestra juventud conquista los femeninos corazones, y un porvenir aun más femenino. Olvidaba, es verdad, otros importantísimos recursos: el naípe, la ruleta y las carreras.

—Pero esos tres recursos son del mundo entero, don Lino; en otras

partes hasta las damas y las señoras juegan.

—Ya lo sé; y el tiempo que les resta lo echan en modistas y en organizar fiestas carnavalescas para socorrer al pobre. En fin, mientras el último gañán que llega á nuestro país en mangas de camisa y zuecos heredados de su abuelo, se hace hombre útil, aunque sí ordinario, explotando nuestras tierras, la amarilla juventud, por no decir dorada, y la de media sangre también, por no decir bronceada, se afina y pule tanto á la sombra del empleo ó en las galerías de los tribunales, que por fin acaba en punta.

—Ó en sable de dos filos, don Lino.... Pero siga por la risueña senda en que se había encarrilado,



y deje á cierta gente explotar otros cultivos: huérfanos, viudas, testamentos falsos, ó viejas con' dinero y poca vista. Siga con los casamientos.

—Bueno, pues. Mientras el joven prepara su tesis inaugural, del Roso, nuestro simpático y dulce carpintero nupcial, dibuja y talla con entusiasmo escaso los floreados muebles de nogal del país, cuyo importe total dividido en cuotas, lo ve esfumado en el cielo incierto de sus esperanzas, cual una nebulosa irresoluble.

En cambio, la pobre novia se descoyunta cosiendo á mano y máquina el temible *trousseau*, como si después de sus bodas se fueran á incendiar todas las tiendas, sin re-

cordar la pobre que no todas están aseguradas. Cuando llega el galán á la casa de la novia, soplando el diploma para enrollarlo sin peligro, encuentra á ésta, á la mamá y á las hermanas, si las tiene, convertidas en espectros: son los faríacos del *trousseau*; hay ropa suficiente para treinta y cinco años, una deuda amortizable en un tiempo igual á X, y la novia ha disminuído doce kilos. Se trata de una familia hacendosa.

Otras veces he pensado que lo del furor matrimonial aqui reinante pudiera obedecer á una epidemia más ó menos estrambótica.... ¡algún microbio que atacara el cerebelo ó los cordones medulares, por ejemplo....

Tampoco he dejado de tener en

cuenta el período del máximum de las manchas solares. ¡Y qué diantres! ¿No dicen que es entónce cuando todas las fuerzas ocultas de la naturaleza entran en danza? Lluvias, perturbaciones magnéticas, ciclones, terremotos, auroras boreales, ó más bien dicho, polares, etc., etc.

—Y si usted recuerda, don Lino, el versito aquel de Bartrina, «yo sé lo que es amar», tratando el fenómeno por el lado eléctrico, y si se considera también que magnetismo y electricidad es el mismo fraile con borlas distintas, no resultaría muy descabellada su sospecha.

—¿Por lo de las perturbaciones magnéticas.....?

—Es claro.

—Vaya, me alegro.

—Por otra parte, Queterel observa que las cifras de la «nupcialidad» aumentan en las épocas prósperas; y la prosperidad de los pueblos, en general, depende de las buenas cosechas, y éstas de las lluvias, y las épocas de lluvias del período de las manchas solares.

—En fin, sea como fuere, el hecho es que aquí hasta los cocheros silban la marcha nupcial de Mendelssohn, á fuerza de oirla desde que amanece. Porque la ejecución de esa página maestra, jamás escuchada por los novios, es de rigor en el acto solemne del nudo ciego.

—Sin embargo, don Francisco de Quevedo no quiso que sus funerales fuesen con música, don Lino.

—Eso es cuestión de gusto.

Y después dirán los políticos que faltan hombres—continuó el viejito.—¡Por lo menos se ve que hay varones!

Quizá no abunden los hombres... pero no: carácter es lo que falta, y nos sobra mansedumbre. Somos un pueblo eminentemente manso. Las riendas del gobierno están de más. Se nos maneja con la vista, como á los caballos de circo. Un mono de cualquier raza, trepado al sillón de mando, con sólo mover la cola nos haría muy felices.

—Sin embargo, don Lino, dicen que nuestro clima no se presta para ovejas.

—No andarán bien las de lana fina: con Buenos Aires nos basta; pero nadie pondrá en duda la bon-

dad de nuestras lanas para la confección de alfombras: trátase de un artículo especialmente sufrido al pisoteo. La prueba está dada por la vieja alfombra que usa el pueblo de Córdoba desde hace 25 años. Sobre ella se baila, se cocina y se churrasquea *ad libitum*; con frecuencia pasan y se revuelcan animales sobre ella, pero no se ve una mancha, ni siquiera un punto deshilachado.

—Entonces debe ser muy buena la trama, don Lino.

—Naturalmente.

—¿Pero no estará exagerando?

—¡Vaya, pues! Le digo que somos mansísimos. Pruebas me sobran. Aquí, por ejemplo, un gobernante, conforme pisa el alfombrado, se arremanga, y como muestra de sus sa-

nas intenciones y de sus vistas largas, de sopetón cuadruplica los impuestos, dando así en la boca del estómago, no sólo al pueblo, sino á todos los financistas de la tierra. Y esto que en cualquier parte provocaría un alzamiento, entre nosotros es motivo de un mayor achatamiento; y todos repetimos al unísono, con voz temblona y ojos entornados: «Hágase, señor, su voluntad aquí en el suelo como en el cabildo».

—Bienaventurados los mansos—don Lino—porque ellos poseerán la tierra.

—¡Lo dudo, amigo! Los mansos, cuando más podrán contar con un lindo bozal, de plata si usted quiere; con necesidades las más de las

veces, ó en su defecto, con tierras celestes inaccesibles al impuesto territorial, es verdad, pero muy poco aptas para la agricultura..

Otras veces esos mismos gobernantes, animados de un fervor religioso muy plausible, al ver aproximarse Corpus Christi, arremánganse de nuevo, y recordando los felices días en que vestidos de acólitos, con sus polleritas blancas y almidonadas á la rodilla, abiertos de piernas y las cabezas gachas, hacían saltar los badajos de las campanillas de plata á fuerza de zamarrearlas á dos manos; esos señores, decía, pasan una nota-circular á sus empleados, invitándolos á tomar una vela en la procesión; invitación que concluye así— «Será considerada co-



mo una falta la no asistencia».—  
¡Diablos! eso me parece equivalente  
á un grito dado á media noche: ¡¡la  
vela ó el empleo!! ¡Pero que venga  
la vela mil veces, y viva la liber-  
tad de creencias! Y allí van los po-  
bres, cabizbajos, las velas chorrean-  
do.....

La piedra bola del pavimento, en  
combinación con las 25 procesiones  
que circulan al año, viene á dar  
algo así como dos medias suelas  
por cabeza de fiel, ítem más la con-  
tribución muy importante corres-  
pondiente á las aceras de ciertos  
edificadores al por mayor. Aquí la  
gente no malicia que debe andar  
con herraduras, ¡cuándo eso sería  
su salvación!

—Y la ruina de los zapateros.

—No lo creo. Entre nosotros no hay zapatero pobre.

—Lo que es yo, ya sabe usted: trabajo por distraerme, por desentumir el cuerpo después de leer un buen libro.

Sí, mi amigo; somos un pueblo eminentemente manso, completamente bienaventurado. Todos opinamos con energía... en el comedor de nuestras casas ó más allá del comedor; pero nos guardamos muy bien de exteriorizar nuestro modo de ver en actos ó en palabras.

—Entonces no hay opinión pública, don Lino?

—En el sentido vulgar del término, no la hay en realidad. Pero «sí» tenemos opinión privada, que podríamos considerarla como opinión

pública en estado latente. En fin; otra vez hablaremos de estas y otras cosas.

Ahora más bien contemplemos esa hermosa puesta de sol, pero sin decir nada. Lo grandioso se admira en silencio. Y después, ¿qué podríamos agregar á lo ya dicho por los más grandes poetas y los más grandes tontos? Porque no hay infeliz cultor de la pluma ó del pincel que no haya manoseado al sol en el ocaso... sin duda porque lo ven caído. Es el triunfo del carancho. Nosotros no haremos eso. Dejémosle hundirse tranquilo, incendiando las nubes cual un almirante suicida que al naufragar hubiese arrimado fuego á la Santa Bárbara, y esperemos la llegada del crepúsculo, esa hora inde-

finida en que comienzan á despertar  
las- estrellas y las flores.

Febrero de 1906.

---



MARTE  
SU OPOSICIÓN

Á Carlos Correa Luna



## MARTE

---

### SU OPOSICIÓN

---

Dicen los aficionados á las causas finales, que el hombre es el único ser conformado para mirar el cielo, llegando hasta asegurar que el cielo fué creado para su deleite. Como se ve, esto es algo muy honroso para cualquiera, y yo, como uno de tantos, no puedo menos que agradecer y congratularme á la vez de tan alta distinción, aunque por dentro el alma se me sonría. Después de todo, un cumplido amable, de



buen gusto, siempre debe recibirse afectuosamente y no hacer lo del gran músico Spontini con el no menos grande Berlioz. Este atendía á Spontini en su lecho de muerte. El enfermo protestaba de su suerte:— «No quiero morir» —decía. Entonces le replica Berlioz— «¡Pero, querido maestro, cómo puede V. pensar en la muerte siendo inmortal!» — «¡Vea amigo, déjese de pamplinas!» —contestó Sportini entre dientes.

Sin entrar á discutir la galante afirmación de los señores finalistas, lo cierto es que hoy por hoy, los animales se encuentran en mejores condiciones que los hombres para contemplar el cielo. Me refiero naturalmente á los animales sueltos en los campos y á los hombres en-

jaulados en las ciudades. Todo habitante de una gran ciudad está enjaulado, quiera que no.

En mis andanzas campestres, más de una vez he visto á humildes burros llegar á la cima de una loma, y al encontrarse de manos á boca con la luna llena que venía trepando el horizonte con su cara de priora satisfecha, quedar inmóvil, clavarle los ojos y las orejas, parar la cola y rebuznar cordialmente, sin duda saludando á su popular colega, ese burrito plateado que se da el lujo de marchar sobre el disco del astro lívido, llevando en su lomo á la Virgen María y al Niño Jesús, es decir, á la poesía y al amor cristianos.

Creo que cualquier herbívoro de

la pampa ó de las sierras; conoce mejor el cielo que el más pintado doctor ó literato de escuela, de guante lila, frac, anteojos y otras artificiales colgaduras. Y se explica, pues mientras éstos se bornean de noche en los salones, hablan de política, oyen música de Wagner que no entienden, ó trasnochan en los clubs entre naipes muy lustrosos, el pobre animal — ¿pobre?, ¡quién sabe! — corta el pasto fragante, ó rumia tranquilo en medio del colosal silencio, soportando gozoso el peso etéreo de toda la bóveda estrellada, que majestuosamente va girando ante su vista cual si fuera la automática vidriera del Creador.

Vergüenza me daría el preguntarle á cualquiera de dichos animales por

el nombre y demás señas de ese astro espléndido que, cual una enorme brasa, luce hacia el Este en las primeras horas de la noche, culmina luego, ocultándose después al occidente al apuntar el alba, en medio de los aplausos de los gallos. ¿Pues quién no conoce á Marte?—me dirían. Es verdad, muchos no lo conocemos por ser inconfundible en ciertas épocas.

Sin duda es el planeta más interesante en cierto modo, por ser el más parecido en todo á nuestra madre Tierra: el más accesible, el más humano, si se me permite. Los demás hermanos de la Tierra, nuestros tíos planetas, son personas llenas de extravagancias, quizá locos algunos, como nuestros tíos Urano

y Neptuno, solitarios maniáticos, habitando los helados y oscuros confines de nuestro territorio celeste; obstinados, ¡cosa original! en marchar girando al revés, es decir, mirando hacia atrás—rotación retrógrada, <sup>(1)</sup> con lo que viene á embrollar un poco la mecánica celeste de Laplace.

Saturno y Júpiter, un par de tíos descomunales, girando sobre sus espinazos como azogados, con verdadero furor, cosa impropia en ellos por su tamaño, aunque ahora se está viendo que son completamente jóvenes, unas enormes criaturas. El primero anda por esos campos de Dios con un sombrero ladeado, al

(1) Comprobada por el espectrocopio no ha mucho, además del movimiento retrógrado de sus satélites.

parecer de jipijapa, revoleteándole alrededor de la cabeza, pero sin tocársela jamás; y ¡cosa extraña también! el sentido del movimiento del sombrero es al revés, según las últimas noticias del espectroscopio.

Además va seguido en perenne ronda por una bandada de muchos traviosos—hijos ó entenados—quizás gritándole, ¡abajo el sombrero!

Tío Vénus, un blanco enigma, físicamente considerado, pues no hay antejo que perfore su brillante camisa blanca, por lo que se ignoran muchas cosas. Por último, nuestro petizo tío Mercurio, nervioso, rápido, andariego, quizá con delirio de persecuciones, porque siempre anda ocultándose entre los ro-

jizos tules de Helios. En fin, no nos queda más que Marte — paso por alto la manga de planetoides— de quien queríamos tratar.

Hablemos de él con más seriedad, aunque sin pretender decir nada nuevo, ni nada más que lo sabido por todos los que se interesan en estas cosas sin valor. La naturaleza es vieja, temática é insistente, con pocas novedades y bastantes misterios. Pues todos sabemos—es un decir—que Marte es el primer planeta exterior, exceptuando el planetóide Eros; lo que significa que su órbita encierra á la nuestra; en otros términos, la Tierra arrienda campo celeste á Marte para sus correrías; opera dentro de su alambrado y recorre su cerco más rápidamente que

Marte el suyo, y en el mismo sentido.

Por lo tanto, habrá épocas en que la Tierra alcance á Marte, pasando por delante de él. En ese momento, Marte, la Tierra y el Sol, quedarán comprendidos en una línea recta, la Tierra en el centro, y, por consiguiente, lo más cerca posible de Marte; pues eso se llama una «oposición»; justamente lo contrario en política. Por lo tanto, la época especial para el estudio físico de los planetas exteriores será la de sus oposiciones.

Pues bien: hoy 8 de mayo de 1905, según las tablas de los movimientos celestes, corresponde una oposición de Marte, muy favorable. ¿Porqué muy favorable? dirán, los que no



---

recuerdan ciertas cosas. Y como en nuestros tiempos se padece de mala memoria tanto como del estómago, contestaremos la pregunta. Aquello de que la menor distancia de un planeta exterior á la Tierra coincide con su oposición, no reza del todo con Marte, porque su órbita es muy excéntrica, es decir, muy dilatada de un lado y muy deprimida del otro, con relación al Sol, el que debiera ocupar justamente el centro de la órbita, si ésta fuese circular. Por consiguiente, debido al continuo rondar de la Tierra y Marte, algunas veces las oposiciones se efectuarán en la región dilatada de su órbita, es decir, muy lejos de la Tierra, y otras, por el contrario, muy cerca, en la deprimida. Pero hay lugar todavía á

una curiosa combinación, sencilla al parecer, en el movimiento circulatorio de la Tierra y Marte. La órbita de la Tierra tiene también su pequeña excentricidad, su parte dilatada y deprimida respecto al Sol; en otros términos, su afelio y perihelio. Ahora bien: si la parte dilatada de la órbita de la Tierra estuviese justamente en dirección de la deprimida de Marte, la oposición que se efectuara en esa región del cielo, es claro que sería el colmo del ideal astronómico. Entonces al pasar, quizá pudiéramos darnos la mano con los martenses, alargando el brazo á unos cincuenta y tantos millones de kilómetros, distancia mínima á que podríamos avistarnos. Alguien dirá que no necesitaríamos

alargar el brazo tan lejos, si los martenses hicieran otro tanto al mismo tiempo, observación muy razonable. Pero como no coincide exactamente el afelio de la Tierra con el perihelio de Marte, resulta casi imposible ó por lo menos remota la realización estricta de ese fenómeno.

Cada dos años y dos meses hay una oposición de Marte, pero cada 15 á 17 años tienen lugar las oposiciones clásicas, por efectuarse, si no en el mismo punto ideal á que nos hemos referido, al menos muy cerca de él.

El diámetro aparente que el cálculo le asigna á Marte en esta oposición es algo más de 17 segundos de arco. Recordemos que

su diámetro aparente fluctúa entre 4 y 30 segundos á su mayor y menor distancia de nosotros, siendo el de 9 segundos á su distancia media. Como se ve, es una buena oposición la de hoy.

Según las crónicas, la oposición de 1877 resultó especialísima. Entonces fué cuando Hall aprovechó la ocasión para manosearlo á Marte, con el gran refractor de Washington, descubriéndole dos lunitas ocultas en la roja aureola del astro, como un par de perlas entre llamas.

Recordará el lector que estas dos lunas fueron adivinadas por Voltaire en sus vulgarizaciones científicasatíricas. Su personaje viajero por los espacios siderales habla con tal aplomo y precisión de las dos lunas

en Marte, que deja confundido al lector de hoy. Sólo á los ciento y tantos años, el gigantesco refractor de Washington percibió apenas lo que la imaginación del gran satírico había visto sin ningún trabajo. Misterios del genio. Quince años después de 1877, en 1892, se repitió otra gran oposición, llegando á 29 segundos el diámetro aparente de Marte. Ahora, sumando 15 años á esta última fecha, caemos á 1907; quiere decir que la oposición que viene será clásica; pero la que antecede ó sigue á una clásica, como la de hoy, siempre es muy buena, puesto que son algo así como los impactos de los tiros que Marte, el dios de la guerra, hace á la Tierra en las inmediaciones de su perihelio.

Pero la oposición de hoy aun tiene otro mérito... para nuestros queridos primos los martenses. Según los cálculos de Crommelin, hoy, á las 4 y 19 minutos de la tarde—meridiano de París—y, por consiguiente, á las 12 menos 7 minutos del día, hora oficial argentina, los observadores martenses verán pasar por el borde sudeste del disco del sol una manchita negra, circular, la que lo atravesará en nueve horas, saliendo por el borde sudoeste. Esta manchita negra es nada menos que la figura de nuestra gran vivienda, pues se trata de un paso de la Tierra por delante del Sol para los martenses, así como suele hacerlos Venus para nosotros en la misma forma. Según el sabio citado,

en un período de 284 años, se efectúan tan sólo cuatro pasos de la Tierra por el Sol en obsequio de nuestros primos martenses. Después del que tendrá lugar hoy, no verán otro hasta el año 1984.

Sin duda á estas horas estará todo listo en los observatorios de allá para estudiar el anunciado paso. En cuanto al tamaño de esa manchita negra que verán pasar los martenses por el Sol, un niño podría determinarlo, ejecutando una simple proporción cuyos términos serían: el diámetro verdadero de Marte, su aparente, el día de la oposición, y el verdadero de la Tierra. El cálculo daría, pues, más ó menos treinta y dos segundos (32'') para el diámetro de la manchita negra.

Pero es algo muy sabido que un objeto cuyo tamaño aparente es inferior á 50 segundos, no se percibe á simple vista.

Entonces, si los martenses no nos superan en potencia visual, tendrán que usar anteojos para vernos cruzar el Sol. Se dirá que esto es algo deprimente para nosotros; pero, no hay por qué afligirse, ni menos avergonzarse, pues todas las cosas son chicas desde lejos, aunque protestara el emperador de Alemania y todos los miembros juntos del Sagrado Sínodo de las Rusias.

Mucho habría que decir todavía de Marte; pero debemos recordar que á la mayoría de la gente se le importa un alfeñique del cielo entero, salvo á la hora de la muerte; pero eso es de miedo.



Antes de concluir daremos unos cuantos datos para la minoría aficionada como el que subscribe, y que no quiera tomarse el trabajo de buscarlos. Marte se encuentra sobre la Balanza, próximo á la estrellita *alfa* de dicha constelación. De 8 á 9 de la noche puede vérsese ya á gran altura sobre el horizonte, al este, como una bomba escarlata.

Todo planeta, el día de su oposición, pasa á las 12 de la noche, minutos más ó menos, por todos los meridianos, hora local de cada uno de ellos. Pero como en Buenos Aires no rige su hora local, sus relojes estarán entre las 11.33 y 11.37m. al pasar Marte por su meridiano, hora falsa naturalmente.

Pocos grados á la derecha del

planeta, se encuentran los garfios del Escorpión, dibujando un brillante abanico. Parece como si el venenoso animal estuviera á punto de atrapar una espléndida mariposa roja.

En el cabo del abanico, se encuentra una linda estrella roja, Antares, alfa del Escorpión, tan parecida á Marte en su color, que, según los entendidos, Antares, en griego, quiere decir émulo de Marte.

Durante un par de meses, á la hora de su mayor altura meridiana, el planeta distará unos  $17^{\circ}$  del cénit de Buenos Aires y  $15^{\circ}$  del de Córdoba. Brilla, pues, en medio del cielo para nosotros, en la oposición de este año; todo lo contrario para Europa, de cuyo cénit, tomando el centro de dicho continente, dista

unos  $65^{\circ}$  al sur, situación muy desfavorable para su estudio.

Marte es un planeta poco abordable, como es sabido, con instrumentos medianos. En la actual oposición se requiere por lo menos un objetivo de 90 milímetros para vislumbrarle el casquete de nieves del polo boreal, muy restringido en estos momentos, por corresponder el verano para dicho hemisferio martense.

En fin, al través del inmenso abismo, saludemos el paso de ese astro hermoso, cuya célebre órbita, al contacto del genio de Képler, nos reveló un día las tres grandes leyes fundamentales sobre las que reposa, se puede decir, todo el edificio de la astronomía moderna.

COSAS DE CHICA GRANDE

(MONÓLOGO)



## COSAS DE CHICA GRANDE

(MONÓLOGO)

¡Cuándo seré niña grande!...

Aunque realmente no estoy bien segura si soy chica ó grande, porque, si pido por ejemplo que me visitan de largo, todas las de mi casa gritan á una voz:— «¡Cállate, criatura metida! á tí te corresponde vestido á media pierna». — Está muy bien; pero, si por algún descuido llego á mostrar las piernas un poquito más arriba de lo legal (las que, dicho sea de paso, no son de muy

mala clase), se oyen de nuevo los gritos, pero ahora en sentido inverso:

—¡Ché, niña grande, no tienes vergüenza!

Si pido que me lleven al teatro, de seguro que soy una criatura; si me duermo en la sala cuando hay visitas, ¡ah! se quieren morir, porque soy una señorita. ¡Y quién no se aburre con ciertas visitas!

Llegan y se sientan completamente tiesas, empalizadas, y comienza el abaniqueo de ordenanza, aunque esté nevando.

—¡Ha visto usted que tiempo tan terrible el que tenemos? ¡Qué lluvias tan prolongadas! Aunque los del Pergamino anuncian buen tiempo para el cuarto menguante.

—Lo mismo dice Bristol.

—Los dos son muy acertados.

—Hace mucho que no veo á ustedes en ninguna parte.

—Es verdad, como salimos poco... nada más que á la novena del Perpetuo Socorro y al teatro. Aunque yo les digo que debiéramos hacer la del Corazón de Jesús, en la Catedral, porque así evitaríamos el cambio de *toilette*, para ir en seguida á la Opera.

—Justamente ese era nuestro proyecto, pero nos ha faltado la modista. ¡Esa madama Blanchard es terrible! Todos los días deben llegarnos los trajes de Buenos Aires; pero, cuando no es la huelga de costureras, es la aduana que no entrega la partida de encaje inglés, ó el



ferrocarril, ¡ó qué sé yo! El hecho es que la tal madama Blanchard nos obliga á presentarnos en público con los mismos trajes del año pasado.

—No recuerdo haberlas visto á ustedes en el teatro.

—¡Pero si estamos abonadas!

—¡Ay qué bien! ¡tener la agradable obligación de ir todas las noches!

—Es verdad, por lo bueno se debe uno sacrificar. Sin embargo, mañana creo que no iremos, porque se da *Gioconda*, y ya sabe usted lo que dice el diario respecto á las óperas con baile.

—El jueves también debe darse otra ópera con baile, *Mefistófeles*.

—¡Jesús, eso debe ser terrible! ¡*Mefistófeles* y con baile!—dice mi

abuelita.—¡Qué gente tan perdida la de estos tiempos! ¡ni á la música dejan de inyectarle su poquito de veneno!

—Sin embargo, con no mirar al escenario cuando aparezcan las bailarinas . . . ¡porque, perder el abono por esas pícaras, es una iniquidad!

—Lo mismo nos ha dicho el Padre.

—Aunque, bien mirado, son los hombres quienes debieran volver la cara cuando se presentan esas piruetistas desalmadas á lucir sus piernas, porque al fin para nosotras . . .

—¡Naturalmente! Pero ¡qué esperanza!

¡Si las estoy viendo salir á esas mujeres!

Aparecen de improviso y en silen-

cio, como una nube de mariposas traídas por el viento. Sonrientes, ligeras, en puntillas, casi sin tocar el escenario; brillándoles los ojos, los dientes y las piedras falsas; los brazos desnudos y levantados en arco, quizá demasiado levantados, y al centro, unos descotes como patios estucados. De las polleritas no hay que acordarse, porque son un soplado. Corren y se deslizan sobre la punta de los pies, coqueteando, juguetonas, perseguidas por los reflectores de luces policromas, que á porfía se disputan sus cuerpos vaporosos y flexibles.

La música, mientras tanto, encantadora.

Pero, cuando al final del bailable, después de un remolineo general, se

detienen agrupadas, formando vistosos ramilletes vivos, anhelantes, latiéndoles el pecho desordenadamente cual palomas asustadas por el gavilán, caen sobre ellos los focos, descubriéndoles la edad debajo de la capa de albayalde, sus arrugas, sus coloretos, sus venas azules, sus dientes postizos, y aun más todavía: ¡sus fingidas sonrisas, sus melancolías, sus tristealegres vidas! — ¡Dios mío, las cuatro! Bien, pues... ¡he tenido tanto gusto!... (cruje la seda y se van). ¡Y yo también tengo mucho gusto de verlas marcharse!

Pero aun mucho más opio resultan ciertas salas con novios. ¡Uff, los novios! Da grima verlos arrinconados, ensimismados, hablando en secreto (¿no sabrán que es de mala

educación eso de secretarse en público?), ajenos á todo lo que pasa á su alrededor. El novio, gruñendo entre dientes, los ojos vidriosos, las orejas como guindas, ahogado por el cuello lustroso que le oprime la garganta con la ferocidad de un perro bulldogg; tan bien peinado, que la cabeza resulta planchada. La otra, la novia, se vuelve puro remilgo, no levanta los ojos sino de muy tarde en tarde, y eso con toda cautela, para revolverlos como tirabuzón sobre los de su atacante. En ciertos momentos se muerde los labios, pliega y repliega el abanico (pobre abanico!), dice que nada sabe y se frunce toda entera. Pero ¡cosa extraña! su mamá, aunque se encuentre al lado, no da señales de

vida; procede con la circunspección de un pilar; es un cuerpo inmutable, incommovible, muy mal conductor del sonido, como dice la señorita profesora de física. Es cierto que alguna vez llega á bostezar detrás del abanico, encartuchando la boca y blanqueando los ojos, pero eso es muy natural y también muy disculpable. Sin embargo, en último caso, cuando el aburrimiento se generaliza, y la concurrencia entera comienza á experimentar ese malestar angustioso, anunciado por silencios totales y aterradores, entonces la mamá vuelve en sí, se da cuenta de la situación, y como quien toca la campana de alarma, indica al novio lleve la niña al piano. La muchacha, ligeramente sorprendida, mira al no-

vio y después á la mamá, vacila, se resiste, pero cede por fin, gracias á una oportuna revuelta de ojos de la señora. Se levanta sonriente, fresca como un pimpollo, y al dar el primer paso, se le tuerce un pie, no sé si por mirarse al espejo que tiene al frente, ó á causa del taco Luis XV de última moda. Llega al taburete del piano y le hace girar con graciosa negligencia; se sienta resueltamente y después de ahuecarse la ruidosa falda de moaré, arremete á una polonesa de Chopin. El novio, al lado, para volver la hoja, aunque ignora lo que es un pentágono. ¡Pero suena el piano, y santo remedio! La niebla se disipa, se ve el cielo azul, brilla el sol y los pájaros cantan. Todo el mundo habla,

desde la ejecutante con su novio, hasta la última señora de edad, quien, un momento antes estuvo á punto de dar el primer ronquido con tarascón. ¡Oh, misterioso poder de la música! ¡oh, arte superior! Tú eres el mejor reactivo para descubrir á tanta gente con alma de ladrillo; eres la fresca brisa que rejuvenece y vivifica las marchitas flores del espíritu; la vara mágica del fakir indio, á cuyo suave contacto ábrese silencioso el cofrecito perfumado de los recuerdos, lleno de hojas secas y pétalos pulverizados.

Y tú, Chopin, espíritu inmortal, almaflor, poeta inefable del sonido y del ritmo, ¡perdónales, que no saben lo que oyen! Tus notas son fi-



nísimas perlas, más, aquí, en este salón, las toman por arvejas como el beduino del cuento árabe.

¡Ay, Dios mío! ¡Qué diría mi maestro, el señor van Marck, al ver cómo se le trata á su Chopin! Aunque ya me imagino lo que habría dicho: « ¡Muy buenas noches! » y se hubiera marchado perfectamente tranquilo y al parecer sin rumbo, con el sombrero estrujado y puesto como por casualidad; los pantalones arrollados á pesar del buen tiempo, un amplio paletot á lo Beethoven, su indispensable varillita de bambú en una mano, y en su blanco rostro, imperturbable y frío, dos ojitos negros de mirar intenso.

## Í N D I C E

Cuãtro líneas. . . . .	1
Asamblea microscópica . . . . .	3
La cosecha . . . . .	19
Divagaciones de un zapatero . . . . .	35
Cosas vistas . . . . .	55
Consejos paternos . . . . .	69
Arboriforia Cordubensis. . . . .	93
Entre ociosos . . . . .	117
De la Luna . . . . .	139
Pespuntes . . . . .	161
Algo sin valor . . . . .	187
La bancarrota de la Ciencia . . . . .	209
Charla de don Lino . . . . .	231
Marte . . . . .	251
Cosas de chica grande . . . . .	273

DEL MISMO AUTOR:

**PROSA RURAL**

**MODOS DE VER**

(AGOTADAS)

